ZONA LIBRE

El bastón de plata

Martín Blasco



Norma

Martín Blasco

Nació en Buenos Aires en 1976. Estudió dirección y guión cinematográfico. Trabajó como guionista y productor en Telefé, Canal 13, Canal Siete y la señal educativa Encuentro.
Entre sus libros se destacan: *Cinco problemas para don Caracol*, *Maxi Marote*, *El desafío del Caracol*, *XYZ*, *Vidas Piratas* y, en esta misma colección, la novela *En la línea recta* que también fue publicada en México, Colombia, Ecuador, Chile, Panamá y Alemania y fue seleccionada para integrar la lista The White Ravens 2007.

ZONA
LIBRE

El bastón de plata

MARTÍN BLASCO



Bogotá, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Panamá, Quito,
San José, San Juan, Santiago de Chile

Blasco, Fernando Martín
El bastón de plata. - 1a ed. - Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2010
156 p. ; 21x14 cm (Zona Libre)

ISBN 978-987-545-247-5

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título
CDD A863.928 2

San José 831, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Primera edición: abril de 2011
Cuarta reimpresión: febrero de 2014

Edición: Natalia Méndez y Cecilia Espósito
Coordinación: Daiana Reinhardt
Diagramación: Hernán Vargas
Diseño de tapa: Ariana Jenik

CC: 28002507
ISBN 978-987-545-247-3

A Elma Marino: una historia
como las que te gustan a vos.

Quiero agradecer especialmente a todos lo que con su atenta lectura hicieron este libro mejor: Constanza Penacini, Prof. Gustavo Bize, Diego Estomba, Adriana Blanco, Patricia Giordano, Katharina Diestelmeier, Natalia Méndez, Antonio Santa Ana y Nancy Giampaolo.

Índice

Introducción 11
I. Los días de Bagdad 15
II. Los días de esclavo 21
III. Relato de la prisión 25
IV. La leyenda del bastón de plata 33
V. Escape de la prisión 39
VI. La vida en el desierto 43
VII. Cruzando el mar 51
VIII. El mono espejo 55
IX. Córdoba 65
X. Amigos del camino 71
XI. El viaje hacia Abdu Rahman 77
XII. El cruce del río 83
XIII. Encuentro con el bastón 89
XIV. Viviendo con Abdu Rahman 93
XV. El que le reza a un bastón 99
XVI. La construcción de la mezquita 103

XVII. Sevilla y la historia de Al-Gazzali 107
XVIII. Lucha 111
XIX. De nuevo en Córdoba 117
XX. El robo del bastón de plata 119
XXI. La muerte de Adbu Rahman 123
XXIV. Final de esta historia 129

Incluso la blasfemia podría ser sabiduría a la vista del Creador.

YALAL AD-DIN MUHAMMAD RUMI
(1207-1273)

INTRODUCCIÓN

Entre los siglos VIII y XV se produjo en España uno de los períodos más interesantes de la historia: la civilización hispano-árabe. Los árabes llegaron a la península Ibérica –a la que llamaron "Al-Andalus"– en el siglo VIII y, durante los ocho siglos que permanecieron en ella, vivieron en constante tensión con la cristiandad. Pero más interesante que la cronología de luchas y conflictos es el extraordinario desarrollo, producto de esa tensión, de las ciencias, las artes y el pensamiento. Obligados a convivir, musulmanes, cristianos y judíos, compitieron en logros y, en largos ciclos de convivencia pacífica, se

estimularon e influenciaron mutuamente. Para tener una idea de la sofisticación de esta cultura, alcanza con contemplar las delicadezas arquitectónicas de la Alhambra y la mezquita de Córdoba o pensar en nombres como Averroes, Maimónides, Avempace o Ibn Arabi, entre tantos otros, verdaderos pioneros de la filosofía, la medicina, las matemáticas, la astronomía, la arquitectura y la poesía. Y sin embargo, hay una ciencia desarrollada en aquellos siglos que aún hoy permanece en el mayor de los misterios: la alquimia sigue siendo un enigma sin resolver. Para algunos, se trata de un antiguo saber que buscaba develar los misterios de la materia; para otros, un cuento de hadas, una fantasía en la que los hombres de la época perdían el tiempo. Hoy, ya nada queda de los antiguos alquimistas, sus investigaciones se han perdido y de sus logros y descubrimientos, solo quedan leyendas. Entre estas leyendas, una de las más interesantes es la del bastón de plata. Hallado hace más de cincuenta años por el arabista Gustavo Bize, el "Manuscrito del bastón plata" que hoy presentamos sufrió en principio la suerte de todo manuscrito antiguo: viajar de un museo a otro; ser archivado, olvidado y vuelto a encontrar; y caer finalmente –si la suerte lo acompaña– en manos de un especialista con el amor suficiente para sacarlo del olvido. Ese especialista fue Diego Estomba, quien realizó la primera traducción del manuscrito, directamente del árabe al español. Y fue él quien me encargó la hermosa tarea de adaptar el manuscrito al gusto del lector contemporáneo. Tarea, además de hermosa, sencilla: el

anónimo autor de este relato gozaba de un estilo claro y directo. Nada sabemos sobre él, exceptuando lo que él mismo nos cuenta en el manuscrito. Se desprende del estilo de la obra que debió tratarse de un hombre culto que vivió en Córdoba alrededor del siglo XII.

Frente a un relato como el que el lector encontrará en las páginas siguientes, surge, inevitable, una pregunta: ¿se trata de una historia verdadera? La única manera de revelar esta incógnita es continuar leyendo y sacar, cada cual, sus propias conclusiones. Sin más que agregar, los dejamos con la leyenda del bastón de plata, el relato de la vida de un hombre que, buscando un gran tesoro, se encontró a sí mismo.

Martín Blasco
Buenos Aires, 2010

I. LOS DÍAS DE BAGDAD

En el nombre de Allah, el Misericordioso, el Compasivo. Hace muchos años, mi padre emprendió un viaje. No es importante cuándo empezó este viaje, ni cuándo terminó; tampoco el punto de partida, ni el de llegada; ni siquiera las razones que lo motivaron. Lo más correcto sería decir que su viaje comenzó el día que nació, y que llegó a destino cuando lo alcanzó la muerte. En el medio, sucedieron muchas cosas. Si hoy las escribo, es para tratar de comprenderlas. Quizás, comprendiendo su historia, comprenda la mía.

Mi padre se llamó Iusuf Nasr Alí Ibn Abdallah y nació en la ciudad más importante

del mundo: Bagdad. Sus padres, que eran muy pobres, no pudieron hacerse cargo de él y desde pequeño tuvo que arreglarse por su cuenta. Pasó su infancia en el zoco, donde aprendió a conocer cada puesto y a cada comerciante mejor que a su propia familia. Ganaba su comida haciendo distintas tareas, como cortar cocos, almacenar dátiles, doblar telas o sacarles brillo a las lámparas. Un niño que no puede jugar, que debe pasar sus días entre adultos y trabajando, tiene que encontrar la forma de entretenerse: mi padre se convirtió en un gran observador. Le gustaba descubrir la verdad de las personas que venían a comprar prestando atención a los detalles, a la forma en que hablaban, la manera en que se movían o cómo tenían cortadas las uñas. Y nadie podía engañarlo: veía al rico disfrazado de pobre para no llamar la atención, al pobre disfrazado de rico para lo contrario y a ambos buscando la treta para conseguir un mejor precio. Reconocía inmediatamente qué era lo que habían venido a buscar: a la mujer en busca de oro, al comerciante extranjero en busca de especias, al estudiante ávido de textos, aquel que no podía resistirse a una buena golosina o al amante de los perfumes. Los comerciantes comenzaron a pagarle una comisión a cambio de que les llevase a los clientes adecuados para ellos. Y como nunca se equivocaba, pronto ganó más que simples monedas.

Ya a los diez años su especialidad eran las mujeres. Reconocía sus gustos a la distancia: la que había dejado atrás sus mejores años y buscaba adornos para volver a ellos, la muy joven que quería ser tomada en serio,

la madre en busca de regalos para sus pequeños. Y para cada una tenía las palabras apropiadas. Si era una mujer mayor decía algo como "Oh, bella Luna, ¿para qué vienes a atormentarnos a los que nunca podremos alcanzarte? ¡Vete ya!, que nada necesitas que este lugar pueda ofrecerte… aunque quizás conozca yo por aquí unas joyas que estén a tu altura". Y si se trataba de una muy joven decía: "¡Abran paso! ¿Acaso no ven a esta gran señora, que nos honra con su visita? ¿Quizás busca algo para su esposo? ¿O viene para alejarse de sus muchos pretendientes?". Y la niña, de solo pensar que alguien creyese que ya estaba casada, moría de alegría y compraba cualquier cosa que le pusiesen delante. Su temprana edad lo protegía si algún esposo, padre o novio andaba cerca. Más de uno se acercaba furioso para ver quién se dirigía a su acompañante, pero al notar que se trataba de un simple niño de la calle, sonreían y a veces hasta le daban una moneda. Los comerciantes estaban tan contentos con él que le regalaban cosas, mientras decían "¡Iusuf, eres el rey de este zoco!" o "¡Eh, pequeño Iusuf!, ¿no se cansa esa lengua tuya de tantas mentiras?" y hasta: "Si sigues haciéndome ganar dinero, cuando crezcas te casaré con mi hija"… y otros tantos dichos del mismo estilo.

De seguir así su historia, mi padre podría haberse convertido en un buen comerciante y, tal vez, hasta terminar teniendo un puesto propio. Pero la vida nunca es tan simple, y su historia va a dar ahora el primer giro de muchos que dará. Es que al llegar a su primera juventud, Iusuf se convirtió en ladrón. Lo hizo porque

era a lo que se dedicaban sus primeros amigos, un grupo de cinco o seis niños de su edad, algunos más grandes, que seguían a un haragán llamado Umar, un joven mucho mayor que ellos. Quizás sea fácil para un adulto reconocer a un villano, pero no tanto para un niño que quiere de todo corazón creer en las personas que conoce. Y si este adulto lo trata con simpatía y le dedica atenciones, el niño es presa fácil. ¡Imaginemos entonces lo grande que era Umar ante los ojos del pequeño Iusuf! Fue Umar quien le enseñó a robar. Al tanto de su facilidad para conquistar la simpatía de las damas, lo mandaba a hablar con ellas, mientras él aprovechaba la distracción para robarles. Otras veces, engañaban a ancianos. Mientras mi padre fingía estar perdido y les hacía preguntas sin sentido, Umar les robaba las pocas monedas que tenían.

Luego de un tiempo de robos menores, Umar decidió que por fin había llegado el momento de dar un gran golpe. Se trataba de robar la casa de un importante comerciante de la ciudad que se encontraba de viaje. La idea era entrar escalando los muros que la rodeaban, llenar las bolsas con todo objeto valioso que pudieran encontrar y salir trepando nuevamente el muro. Pensarán ustedes, como pienso yo, que en verdad no era un plan muy brillante, pero ante los pequeños ojos de Iusuf se presentaba como la aventura de su vida.

Cuando llegó la noche del robo, Umar estaba decidido a que su plan no quedara en el olvido como tantos otros que había anunciado. Sus pequeños secuaces rebosaban de esa mezcla de miedo y euforia que posee

a los hombres en los momentos decisivos. Sus rostros con tierra, brillaban expectantes y en sus mentes solo había lugar para ilusiones sobre lo que comprarían una vez obtenido el botín.

Llegaron al lugar. El muro de piedra se recortaba contra la noche y Umar les ordenó que lo escalaran. Recién en ese momento se enteraron de que él no iba a entrar con ellos. Iba a quedarse afuera y vigilar que nadie los viera. Le hicieron caso. Eran ya suficientemente grandes como para robar, pero no para desconfiar de un amigo. Escalaron el muro, saltaron sobre el jardín y la noche se convirtió en pesadilla. Gritos, luces de antorchas sobre ellos y el pánico recorriendo sus espaldas. No solo el dueño se encontraba en la casa, también sus guardias, y apenas pisaron la propiedad, fueron descubiertos. Quisieron pedir ayuda a Umar, pero este había escapado lejos cuando entendió lo que sucedía. Los guardias venían hacia ellos con espadas y lanzas en las manos. Los niños comenzaron a trepar el muro de vuelta. La mayoría lo logró, pero Iusuf se torció el pie con una piedra. Malik, uno de sus amigos, quiso ayudarlo y bajó del muro, pero una lanza atravesó su pecho. Sus ojos se abrieron y de su pecho emanó sangre. ¡Era tan pequeño y estaba tan sorprendido por la llegada de la muerte! Quisiera decir que murió en los brazos de mI padre, pero no fue así: no pudo acercársele, estaba paralizado, como si esa muerte pudiera ser contagiosa.

Fue el único atrapado con vida. El dueño del lugar le dio a elegir entre ajusticiarlo en ese mismo momento

o convertirse en su esclavo. Y durante los siguientes siete años, Iusuf fue su esclavo.

II. LOS DÍAS DE ESCLAVO

La vida del esclavo es muy dura. En esos siete años mi padre debe haber envejecido unos veinte. Su amo resultó ser un comerciante sin escrúpulos que había hecho su fortuna engañando en el peso y la medida, vendiendo mercancías de pésima calidad y estafando a ingenuos. Tantas eran sus fechorías, que Iusuf sentía que había escapado de las manos de un ladrón para caer en las de otro. En ningún momento dejaba su amo de recordarle la fidelidad que le debía y lo bondadoso que había sido al aceptarlo como esclavo. Le encargaba las peores labores. En medio de tanto sufrimiento, mi padre

conoció el amor. Lo descubrió en el rostro de una muchacha de nombre Amira, esclava como él, apenas unos años mayor. Amira no era una belleza, y sin embargo, su rostro pálido y su aire de indefensa fragilidad resultaban atrayentes. Intercambiaban palabras al pasar, entre tarea y tarea, en breves instantes donde la menor sonrisa de Amira llenaba a mi padre de alegría. No era feliz, no podía serlo en esas condiciones, pero al menos tenía la esperanza de que algún día las cosas cambiaran. Y en los minutos previos a dormirse, los únicos que le pertenecían, fantaseaba con un futuro libre junto a Amira.

Una mañana, Amira pasó a su lado. Embargada en una profunda tristeza, siguió adelante sin dirigirle la palabra. Fue la última vez que la vio. Su amo decidió regalársela a un amigo que estaba de paso por la ciudad y que había comentado la necesidad de una mujer con la que entretenerse.

La vida de Iusuf continuó a pesar del dolor. Sus horas pasaban en soledad y trabajo rudo. Poco a poco, los sentimientos tiernos del niño que cree ingenuamente dieron paso a la frialdad calculada del adulto que odia. El mundo, antes alegre y hermoso frente sus ojos, se tornó oscuro y lleno de dolor. Se volvió mudo, no salieron ya palabras de su boca. Se volvió ciego ante la belleza y la bondad. Como un animal de carga, como un león en una jaula, como una roca contra la que constantemente golpea el mar. Y los años fueron pasando.

Cuando ya se había habituado a aquel ingrato pasar, cuando su memoria había dejado de molestarle con el

recuerdo de la libertad y de Amira, sucedió algo que alteró nuevamente el rumbo de su vida. Se encontraba una vez más en el zoco, no ya como niño aventurero, no ya como vendedor charlatán, no ya como aprendiz de ladrón, sino como esclavo, cargando pesados bultos sobre su espalda. De pronto, en un rincón reconoció a Umar, como siempre, rodeado de niños: nuevas víctimas. Un sinfín de sentimientos que había logrado aquietar detonaron en su corazón, al tiempo que volvían las imágenes de esa noche fatídica con la trágica muerte de Malik. En un instante, ese hombre que estaba frente a él se le hizo el culpable de todo lo que le había sucedido. Dejó sus bultos en el piso y se acercó con paso temerario.

–¿Sigues engañando a los niños, Umar? –dijo con voz contenida.

Los pequeños que acompañaban a Umar lo miraron perturbados, esperando la reacción de su héroe ante tamaña ofensa. Umar clavó sus ojos en él, tratando de saber quién era aquel que se atrevía a hablarle de esa manera. Pero la esclavitud sin duda lo había cambiado. Ya tenía diecisiete años y los constantes esfuerzos habían transformado su cuerpo. Umar se acercó desafiante, especulando que siendo un esclavo no podría hacerle nada. Iusuf lo tomó de la muñeca con tanta fuerza que lo puso de rodillas en el piso.

–¡Tú tendrías que ser el esclavo, no yo! –rugió.

La jaula se abrió, y el león escapó. Golpeó a Umar una y otra vez con fuerza hasta dejarlo en el piso bañado en su propia sangre. El zoco se llenó de gritos

alborotados, porque por más que Umar fuera una rata conocida por todos, no dejaba de ser un hombre libre e Iusuf, un esclavo.

No tardaron en llegar los guardias a salvar los pocos huesos sanos que quedaban de Umar. Castigaron con tanta violencia a Iusuf que lo dejaron inconsciente. Cuando despertó, se encontraba en las puertas de la cárcel. Mientras los guardias lo conducían hacia el calabozo donde pasaría los siguientes años, solo pensaba cuánto mejor hubiera sido haber muerto. No sabía entonces que en ese lugar comenzaría su viaje hacia el bastón de plata.

III. RELATO DE LA PRISIÓN

Estar preso le resultó apenas un poco peor que ser esclavo. Si antes sufría las arduas tareas que le encomendaba su amo, ahora padecía la falta de luz y de aire fresco. Su relación con los demás presos era casi inexistente: no se metía con nadie, y debido a su físico curtido y carácter huraño, nadie se metía con él.

Dicen los que han estado en prisión que esta endurece los corazones como ninguna otra experiencia de vida. En el caso de mi padre, el odio se había endurecido de tal manera que terminó convirtiéndose en una forma de ser, de comer, de dormir, de respirar: un estado

permanente del alma. No le cabía en ese momento la menor esperanza sobre nada ni creía que el futuro le depararía ya ninguna otra cosa más que sufrimiento.

Los seres humanos tenemos la tendencia a vivir fantaseando sobre nuestro futuro e imaginar una y mil posibilidades sobre el destino que nos espera. En ilusiones y quimeras, suele pasársenos la vida entera. Y son estos deseos, anhelos y aspiraciones los que nos motivan a dar cada paso, los que nos llevan a la guerra y nos empujan al amor, los que levantan ciudades y también las destruyen. En fin, que sin anhelos no somos hombres.

En esos años de prisión, Iusuf dejó atrás toda fantasía, toda aspiración, todo proyecto. Sus pensamientos, si es que los tenía, se limitaban al instante mismo que estaba viviendo: apenas comer, dormir, respirar y esperar la muerte.

En el segundo año de encierro, tuvo que compartir su calabozo con un anciano, de nombre Ahmad, recién llegado a la prisión. Se trataba de un hombre débil, acosado por la enfermedad, que apenas se podía mantener en pie. Ahmad era un ladrón, igual que mi padre. No cruzaron muchas palabras al principio. Si de entrada se llevaron bien fue porque compartían el gusto por el silencio y el total desinterés de uno por el otro. Al ir pasando los días, se estableció entre ellos una cierta rutina. Pasaban largas horas, Iusuf mirando por la ventana y el viejo moviendo entre sus manos un pequeño palito de madera que usaba para cepillarse los dientes. La noche era el único momento en el que

se permitían una pequeña charla, donde casi siempre era Ahmad el que hablaba. Al viejo le gustaba recordar lo que llamaba "los buenos tiempos", cuando era joven y pasaba los días sin destino fijo. Había sido marinero y conocía todo tipo de peces extraños e islas vírgenes de naturaleza exuberante. Sus viajes lo habían llevado a recorrer el Oriente, África y Al-Andalus. Decía que no existe sueño más plácido que el que produce el bamboleo de un barco entre las olas, que solo se ve un auténtico atardecer en mar abierto y que aquel que sobrevive a una tormenta en el océano ya no le teme a más nada. También le gustaba hablar de sus años en la India, describiendo los enormes elefantes, los extraños templos y las más sorprendentes costumbres.

En cuanto a Al-Andalus, la primera vez que Ahmad le habló de esta región que sonaba tan lejana y exótica fue para comentar los beneficios del aceite de oliva. A veces mi padre no terminaba de escuchar las historias del viejo Ahmad porque se quedaba dormido, pero esto al anciano no le molestaba; contaba más para recordar que para compartir su vida. Sin embargo, cuando narraba historias de robos, Iusuf prestaba atención. Pronto descubrió que el viejo Ahmad no era un simple ladrón como él. Sus robos eran verdaderas proezas, mucho más complejas que los sencillos hurtos que conocía de sus años en el zoco. La especialidad del viejo eran las joyas y objetos antiguos. Sabía los nombres de todas las piedras preciosas; conocía las distintas cualidades de un diamante o los posibles tonos de un rubí; el oro verdadero y el falso eran claramente

diferentes ante sus entrenados ojos; distinguía la calidad de la plata con solo apoyar su mano en ella. Había participado en espectaculares atracos y estafas. Viendo que sus historias de robos eran las únicas que generaban interés, casi se podría decir que las charlas se convirtieron en clases. Irónicamente –y quizás no tanto, porque tengo entendido que sucede a menudo–, Iusuf perfeccionó en la cárcel todos sus conocimientos sobre el crimen.

La enfermedad de Ahmad lo tenía a mal traer y no había día en el que no sufriera una descompostura o un desmayo. Necesitaba constante ayuda para levantarse, acostarse o comer. Iusuf no lo ayudaba movido por la bondad. Lo hacía para no escuchar sus quejas. El viejo comenzó a decirle que recompensaría su esfuerzo con un regalo extraordinario. Las pertenencias del viejo se limitaban al pequeño palito de madera con el que limpiaba sus dientes, y si su idea era regalárselo, Iusuf no pensaba aceptarlo, ya que estaba tan amarillo del uso que daba asco. ¿Qué otra cosa podía ofrecer ese viejo moribundo? La salud de Ahmad fue empeorando. Una feroz tos que lo hacía escupir constantemente no lo abandonaba en todo el día y por las noches surgía con más fuerza. Sus ojos se abrían grandes como huevos duros y rojos como penetrados por el fuego. Su mandíbula temblaba sin parar y su rostro palidecía hasta alcanzar un tono más blanco que el del algodón. Una noche, mientras se encontraban los dos dormidos, Ahmad comenzó a gritar con todas sus fuerzas.

–¡El bastón de plata!

Mi padre se acercó a ver qué era lo que le pasaba. Pensó que estaba delirando y que no faltaría mucho para que el viejo muriera. Tenía los ojos inyectados en sangre y una baba burbujeante caía de su boca. De repente el viejo tomó con fuerza su brazo y, acercando su rostro al de mi padre, dijo casi en un susurro:

–¡El azufre rojo...!

Trató en vano de calmarlo. Ahmad seguía apretando su brazo con fuerza, mientras decía:

–¡No entiendes! El mayor tesoro en el mundo... ¡el Bastón de plata tiene el azufre rojo! ¡El Bastón de plata tiene el azufre rojo!

Entonces cayó como desmayado, y volvió a dormirse. Mientras trataba de conciliar el sueño y maldecía al viejo, que con sus gritos lo había despertado, Iusuf no dejaba de preguntarse si las palabras escuchadas eran delirios por la fiebre o si se trataba de alguna cuestión importante. Esa noche, Iusuf soñó con las palabras que Ahmad había pronunciado en su delirio, el bastón de plata y el azufre rojo. En el sueño, iba caminando por el desierto hasta encontrar una enorme y lujosa tienda armada en el medio de la nada. Dentro de la tienda, sobre hermosas alfombras y almohadones, dos hombres descansaban sentados. El de la derecha era completamente plateado, como si estuviera cubierto por una armadura. Ese era el bastón de plata. El de la izquierda era rojo y parecía una enorme piedra preciosa con forma humana. Ese era el azufre rojo. A pesar de las diferencias, Iusuf los veía parecidos, casi idénticos. Los dos sonreían benevolentes. Entonces el bastón de

plata estiraba su mano hasta tomar la mano del azufre rojo. En ese momento el sueño terminaba.

A la mañana siguiente Ahmad se levantó de buen humor. Al parecer, su salud había mejorado y su muerte ya no parecía tan cercana. Aprovechando su lucidez, y perturbado por el sueño que había tenido, Iusuf decidió preguntarle por los gritos que había proferido la noche anterior. Sin embargo, su curiosidad molestó bastante al viejo.

–¿Qué te importa a ti lo que yo dije? Te recomiendo que no te metas en mis asuntos –dijo y cambió rápidamente de tema.

Como se sentía mejor, Ahmad volvió a contarle sobre sus muchos viajes y todo lo que haría una vez que se encontrara libre. Más que nada hablaba de Al-Andalus, a donde pensaba regresar apenas pudiera. Transcurrieron un par de días y el viejo Ahmad se veía cada vez mejor. Ya no necesitaba de ayuda y se las arreglaba solo para todas sus necesidades. Iusuf le recordó que todavía le debía el regalo que le había prometido, pensando en que tal vez le contaría algo respecto a sus delirios. Pero este comentario tampoco le gustó al viejo.

–¿De dónde sacaste eso? Yo no te prometí ningún regalo. No tengo nada que pueda regalarte.

A Iusuf no dejaba de sorprenderle el cambio de actitud que había acompañado la mejoría del anciano. Sin embargo, esa recuperación fue solo temporaria. Un par de días después volvieron las fiebres, la debilidad y las convulsiones. Y con la enfermedad también volvieron los gritos misteriosos en medio de la noche.

–¡El azufre rojo! ¡El azufre rojo está escondido en el bastón de plata! ¡Córdoba! ¡Córdoba! ¡Es como un ojo! ¡Un ojo rojo! ¡Tiene que ser mío!

Con estas palabras despertó una noche el viejo a Iusuf, pero cuando este se acercó, lo encontró profundamente dormido. En los siguientes días la debilidad de Ahmad se hizo cada vez más evidente. La mejoría había sido una vana esperanza. El viejo volvió a cambiar de actitud, fue cariñoso con Iusuf y le agradeció la ayuda que le prestaba. Inclusive habló nuevamente del gran regalo que le haría en compensación. Cuando dos hombres están solos y encerrados por días, meses y años, es imposible que no surja entre ellos el cariño y la amistad. El viejo Ahmad veía en Iusuf al hijo que nunca había tenido. Mi padre, por su parte, no es que le tuviera afecto, pues su corazón había olvidado ese sentimiento, pero al menos el viejo Ahmad no le resultaba tan detestable como el resto de la humanidad.

Una noche de luna llena en la que por la pequeña ventana entraban rayos de luz blanca que proyectaban sombras extrañas sobre el rostro del viejo, este pidió a Iusuf que se acercara a su cama. Puso una mano en su hombro.

–¡Oh, querido Iusuf! voy a morir...

Mi padre no intentó contradecirlo ni animarlo pues tenía razón.

–Hijo, te he contado muchos robos, pero no te he contado el más espectacular de todos, que estuve a punto de concretar. Como parece que voy a terminar mis días en esta cárcel, y en agradecimiento por

hacerme más fácil estos dolorosos momentos finales, quiero darte como regalo una historia que te llevará ante un tesoro como ningún otro. Si eres inteligente y haces caso a mis palabras, te convertirás en el hombre más poderoso de la tierra, al punto que califas y reyes serán menos que esclavos ante ti. Presta mucha atención a lo que voy a decirte...

Y luego contó una historia que cambiaría la vida de mi padre para siempre.

IV. LA LEYENDA DEL BASTÓN DE PLATA

En la oscuridad de la noche y con la luna como testigo, dijo el viejo Ahmad:

"Seguramente has escuchado hablar sobre los tiempos del califa Harem Al-Rashid. Fueron esos verdaderos años de esplendor en los que las riquezas y conocimientos de todo el mundo se acumulaban en nuestra ciudad. Escúchame bien Iusuf, el califa Harum Al-Rashid, como casi todos los gobernantes, tuvo muchas cosas malas y unas pocas buenas. Entre estas pocas cosas buenas se encuentra la de haberse rodeado de sabios de las más diversas culturas. El principal interés del califa Al-Rashid era

la fascinante y misteriosa ciencia de la alquimia, y por esa razón, entre sus asesores y sabios protegidos, se encontraban todos los grandes alquimistas de su tiempo. ¿Has escuchado hablar de los alquimistas, Iusuf? Se dedican al estudio de las sustancias y sus distintas propiedades. Trabajan con los más diversos elementos convirtiendo lo sólido en líquido y lo líquido en gaseoso. De todas las áreas de su conocimiento hay una a la que prestan principal atención: la transformación de los elementos. Especialmente, la creación de oro. Y a esto se debía el interés del califa en la alquimia. ¿Puedes imaginar la incalculable riqueza que poseería quien pudiera crear oro a su antojo? Sin embargo, por más que lo intentaban, los alquimistas no lo lograban. Supongo que la mayoría de ellos eran un montón de charlatanes de lengua rápida viviendo del dinero del califa. Habían llegado a la conclusión de que, para lograr tal poder, era necesario crear una piedra preciosa a la que llamaban "azufre rojo" y también "piedra filosofal". Esta piedra, una sustancia exótica producto de la combinación de diversos elementos que, mezclados de la forma correcta, dan como resultado una piedra extraña que a simple vista parece un rubí, esta piedra tendría el extraordinario poder de convertir en oro todo lo que tocase. Muy pocos alquimistas conocían la fórmula exacta para producir el azufre rojo y solo uno de ellos fue capaz de realizar correctamente las complicadas combinaciones necesarias: ese hombre fue Yabir Ibn Hayyán al-Azdí, el más grande de todos los alquimistas".

"Yabir Ibn Hayyán al-Azdí llevaba años estudiando la alquimia cuando finalmente consiguió crear la única piedra de azufre rojo que ha existido. Cuando el gran alquimista logró su propósito, la noticia llegó a oídos del Califa Harum Al-Rashid, quien deseó profundamente hacerse con la piedra transformadora. Pero el alquimista Yabir temía que de entregar el azufre rojo al califa este utilizara su poder con fines egoístas. Así que cuando el califa mando a preguntar cómo iban sus investigaciones, simplemente mintió, diciendo que aún no había dado con la fórmula correcta. El califa era hombre desconfiado y ordenó a sus guardias que vuelta la casa del alquimista hasta encontrar la piedra. Yabir debía esconder pronto el azufre rojo si no quería perderlo junto a su vida. El alquimista siempre llevaba con él un viejo bastón de plata que le ayudaba a caminar. Como todo el mundo estaba acostumbrado a verlo con el bastón, le pareció que era el mejor lugar para esconder la piedra y la incrustó como si se tratara de una joya decorativa. Inclusive se tomó el trabajo de gastar un poco la piedra y el bastón de la misma forma para que pareciera que siempre habían estado juntos. Los guardias no encontraron nada en la casa. Yabir en persona, portando el bastón, se presentó en el palacio del Califa para hablar con Harum Al-Rashid. Le explicó hasta convencerlo que no había logrado crear al azufre rojo y le ofreció otros muchos conocimientos extraordinarios y de gran utilidad, que terminaron aplacando la ira del califa. Todo esto sin dejar de tener el bastón de plata entre sus manos y sin que nadie sospechase

nada. Y hasta el fin de sus días, Yabir poseyó el bastón de plata con el azufre rojo incrustado en él.

"Desde entonces ha estado siempre en manos de grandes maestros alquimistas. Se lo ha visto por el Yemen, luego por Egipto y más tarde por Tunicia y Mauritania. En algunos de mis numerosos viajes por esas regiones, me he cruzado con viajeros que aseguran haber visto cosas que solo pueden explicarse por el bastón, como aquella montaña de oro puro que describen los viajeros de zonas desconocidas del África. Cuando comencé a escuchar estas historias, las tomé por puras fábulas e inventos populares. Pero a medida que viajaba por el mundo y me cruzaba con gente que decía haberlo visto, noté que sus descripciones coincidían y marcaban un recorrido completamente lógico: si el bastón había sido visto en tal región en las manos de determinado sabio, décadas después era visto en manos de otro sabio de una región vecina. Seguí firmemente el rastro dejado por estos misteriosos portadores del bastón a través de los siglos y me llevó a Al-Andalus. Todo indicaba que era en esa región donde el bastón se encontraba en nuestros días. Viajé hasta esos apartados territorios y debo decirte que me sorprendió encontrarme con una enorme y floreciente civilización. Uno pensaría que no es posible que existan grandes ciudades en un lugar tan apartado de todo, tan lejano a Bagdad, allí donde el mundo termina y comienza el Bahr al-Dulumat[1]. Sin

1. BAHR AL-DULUMAT: En árabe "Mar de las tinieblas", nombre con el que los árabes denominaban al Océano Atlántico en la Antigüedad.

embargo, si algún día visitas esas tierras –y espero que lo hagas– verás que es verdad lo que te cuento. Una vez en Al-Andalus, puse todo mi empeño en la búsqueda del bastón. Mis esfuerzos no fueron en vano. En las afueras de la ciudad conocida con el nombre de Córdoba, la más grande y más bella de las ciudades de ese país, encontré a un viejo llamado Abdu Rahman, quien es el actual poseedor del bastón de plata. ¡Con mis propios ojos pude contemplarlo, Iusuf! Y era tal cual cuenta la leyenda: de madera negra y plata, con la piedra roja como único adorno, brillando como un ojo misterioso capaz de ver los secretos del universo. Te preguntarás, supongo, qué fue lo que pasó, por qué no pude robarlo: Abdu Rahman es más peligroso de lo que parece. ¡Cuídate de él, Iusuf! ¡No bajes la guardia! ¡Es un oscuro brujo de la peor calaña! Por otra parte, mi salud ya era un estorbo y me impidió seguir adelante con el plan.

"Finalmente, abatido, decidí regresar a mi patria para mejorarme. Como ves, eso no ha sucedido. Ahora voy a terminar mis días en esta inmunda cárcel, lo cual no me preocupa, porque al fin y al cabo soy un ladrón y este suele ser nuestro destino. Pero si hay algo de lo que me arrepiento es de no haber podido posar mi mano sobre el bastón, sentir su excepcional poder, aunque solo fuera por unos minutos. Eso ya no sucederá. Pero tú, Iusuf, aún eres joven, y por eso te cuento esta historia. Haz realidad mi deseo: no bien salgas de aquí, viaja a Al-Andalus y busca a Abdu Rahman en las afuera de Córdoba. Y róbale el bastón

en la primera oportunidad que tengas. Mátalo si es necesario, no lo dudes. De esa manera, mi vida habrá sido, al menos, una introducción a la tuya. Y cuando tengas el poder en tus manos, una parte de mí estará contigo y con el bastón."

V. ESCAPE DE LA PRISIÓN

Dos días después de pronunciar estas palabras fallecía el viejo Ahmad. Mi padre volvió a quedar solo en su celda y la prisión se le hizo cada día más insoportable. Algo había cambiado en él. Si antes había perdido el interés por todo y era lo mismo estar preso o ser esclavo, ahora volvía a tener sueños y anhelos. Ni por un segundo dejaba de pensar en la maravillosa piedra con la capacidad de convertir en oro lo que tocase. ¿Cómo sería tener un poder semejante? Quien lo poseyera se convertiría en el amo del mundo, no habría límites para sus deseos. No tenía ninguna prueba de la veracidad de la historia de

Ahmad. Y sin embargo, a medida que los días pasaban, se le hacía más y más real. Una y otra vez recordaba el extraño y vívido sueño que había tenido y lo tomaba como una señal. Cuando cerraba los ojos, casi podía ver el bastón con el azufre rojo brillando frente a él, alumbrando su oscura celda.

Solo, parado en el medio de su calabozo, tomó la decisión: obtendría el bastón o moriría en el intento. No importaba lo que tuviera que hacer, ni el tiempo que le llevara. Y no dudaría en asesinar a quien se interpusiera en su camino.

Lo primero que tenía que hacer era escapar de prisión. Había guardado el pequeño palo que Ahmad usaba para limpiar sus dientes, intuyendo que podía serle de utilidad. Lo afiló contra uno de los muros de la celda hasta convertirlo en un objeto punzante. Cuando el guardia vino a traerle la comida, Iusuf comenzó a dar gritos de enfermo. El guardia, temiendo que se hubiese contagiado algo del reciente fallecido, entró a la celda para revisarlo. Encontró a Iusuf revolcándose en el piso. Se acercó para ayudarlo y un segundo después sintió el filo de madera presionando contra su cuello y sacándole una primera gota de sangre. Iusuf lo obligó a desvestirse y tomó su ropa. Lo dejó encerrado en su lugar y salió de la celda vestido de guardia. Pudo atravesar sin problemas el laberinto de pasillos y escaleras hasta llegar a la puerta de salida de la prisión. Recién allí fue detenido por otro guardia que al no reconocerlo le preguntó su nombre. Iusuf inventó uno y trató de simular familiaridad, pero al guardia le resultó extraño

y quiso llamar a un compañero. Antes de que lo hiciera Iusuf lo dejó inconsciente de un solo golpe. Pero otros guardias habían visto los movimientos inusuales y se acercaban para saber qué estaba sucediendo. La puerta todavía estaba cerrada, así que Iusuf comenzó a escalar el muro velozmente. Cuando ya había llegado a la cima, sintió una lanza clavársele en el hombro izquierdo. No se detuvo. Saltó del otro lado, se arrancó la lanza como pudo y comenzó a correr por las calles de Bagdad. En la prisión ya habían dado la voz de alarma y un grupo de guardias salía a perseguirlo. Iusuf corría con todas su fuerzas sin saber hacia dónde ir. Desesperado, llegó a los límites de la ciudad. Vio un grupo de beduinos preparándose para salir en caravana. Un hombre anciano, con toda la apariencia de ser el jefe del grupo, comprendió que Iusuf era un hombre en problemas. Sin decir una palabra, le tiró una de sus túnicas azul oscuro con un turbante que cubría también parte del rostro y que dejaba al descubierto solo los ojos. Iusuf se puso la vestimenta y se mezcló entre los beduinos. Cuando los guardias llegaron no lo reconocieron, mezclado entre los demás hombres, y no les pidieron que descubrieran sus rostros para no desatar la ira de los beduinos, famosos por el uso del cuchillo y el rechazo a cualquier autoridad de la ciudad. Al irse los guardias, el jefe de los hombres del desierto se acercó a Iusuf.

–Si quieres seguir tu camino –dijo– devuélveme la túnica y que Allah te proteja. Y si quieres unirte a mi grupo, eres bienvenido, siempre necesitamos hombres y no nos interesa su pasado.

Iusuf tomó el ofrecimiento como su salvación y aceptó con un único movimiento de cabeza. Echó una última mirada a la ciudad de Bagdad, de la que hasta ese momento nunca había salido, sabiendo que lo más probable era que no volviera a pisarla. Con sus altos minaretes dorados, Bagdad se veía hermosa. Se subió a un camello que le dieron y se unió a la caravana. A partir de ese momento, el desierto sería su hogar.

VI. LA VIDA EN EL DESIERTO

Blancura incandescente, calor tórrido, rostros enrojecidos, gargantas encogidas, oasis remotos de altísimas palmeras, nieblas ambarinas, azotes de arena, dunas rojas, campos de guijarros, espejismos, cabeceo de los camellos. Todo esto y mucho más es el desierto. Pero sobre cualquier otra cosa, el desierto es silencio y soledad. Silencio solo interrumpido por el leve canto de uno de los hombres o de las mujeres de la caravana, silencio que desata las voces interiores, voces que al principio invaden todo pensamiento, que se suman unas a otras trayendo recuerdos y viejos anhelos, desazón e incertidumbres, pero que

poco a poco se van perdiendo, sin poder resistir el embate del desierto. El crujir de la arena, apenas perceptible pero eterno, ya no deja ganas de pensar en nada. Ahí se inicia la soledad. Y no importa de cuántos hombres se esté rodeado: en el desierto siempre se está solo. No hay compañía que alcance a mitigar la profunda soledad que despide el desierto.

En total Iusuf vivió dos años en compañía del Sheij Iahia –tal era el nombre del jefe de la caravana– y sus hombres. Dos años en los que se dedicó a recorrer junto a la caravana el desierto de al-Hamad, que se extiende entre Bagdad y la ciudad de Damasco, y que al sur conduce a la península arábica y a las sagradas ciudades de Meca y Medina.

Aunque mi padre me habló en detalle sobre estos años, es difícil, para quienes no tuvimos la experiencia, imaginar la vida en el desierto. ¿Cómo puede describir, quien nunca la ha visto, una noche estrellada de luna roja? ¿Cómo entender la felicidad de encontrar un oasis con su primer sorbo de agua fresca? ¿Cómo comprender el temor a una tormenta de arena? La vida en el desierto no es mejor o peor que otras: es distinta, única. De la misma manera, los hombres que viven en el desierto son tan únicos como cada grano de arena y, al igual que estos, están formados en el silencio y la soledad.

¿Por qué permaneció entre ellos tanto tiempo? Primero hubo de esperar a recuperarse de su herida, luego decidió ganar algo de dinero para poder continuar su viaje y finalmente lo retuvo la agradable compañía del Sheij Iahia.

El líder de los beduinos era un hombre que no llamaba la atención al verlo. Su rostro arrugado estaba enmarcado por una barba blanca. Su cuerpo delgado transmitía una sensación de orgullosa humildad, propia de quien no se arrodilla ante nadie más que su Señor. Y aunque firme como una roca frente a quien quisiera imponérsele, era en realidad un hombre amable y cariñoso.

La primera conversación que tuvieron fue al atardecer del séptimo día, cuando Iusuf ya se sentía lo suficientemente bien para conducir su camello solo. El camello es el gran aliado del beduino. Además de ser indispensables en la marcha y como bestias de carga, su leche y su carne son gran alimento, su pelo sirve para cuerdas y ropas, y su cuero es excelente para incontables usos. La caravana avanzaba a paso lento en fila, como una larga víbora arrastrándose hacia su madriguera. El Sheij Iahia se acercó y puso su camello junto al de Iusuf.

–¿Estás acostumbrándote? –dijo.

–¿A qué?

–A esto –y movió su brazo abarcando la amplia extensión frente a ellos.

Iusuf meditó en su pregunta. En ese momento, cercanos aún los días de esclavo y de preso, el desierto no le asustaba.

–No creo que sea una vida tan dura.

El Sheij Iahia sonrió.

–Hay hombres que se vuelven locos en el desierto.

–No va a ser mi caso…

–Y hay otros que estaban locos y aquí dejan de estarlo, ¿será este tu caso?

Y sin esperar respuesta, volvió a su lugar en la fila.

La segunda vez que hablaron fue una noche en la que Iusuf no podía conciliar el sueño. No lograba acostumbrarse a dormir en aquellas tiendas montadas en el medio de la nada. Una extraña sensación lo dominaba por las noches, un vacío que no lograba explicar; como si ya no existiera, como si toda su vida fuera una historia de otro tiempo. Se encontraba sentado en unos peñascos contemplando las estrellas y el Sheij, viéndolo despierto, se acercó a él.

–Es difícil dormirse cuando no se sabe si se ha estado despierto –dijo.

Sus palabras le resultaron tan extrañas que Iusuf no atinó a responder.

–Digo que es difícil dormirse cuando uno no sabe si ha estado despierto. Cuando uno está por dormirse repasa lo que ha hecho en el día, pero nuestros días no tienen variaciones: nuestra marcha es siempre la misma, el paisaje es siempre el mismo y los días se parecen unos a otros. Si no fuera por la llegada de la noche, no sabríamos cuándo ha empezado un día y cuándo ha terminado el otro. Y que no te extrañe si después de un tiempo aquí los sueños toman la misma forma, repitiendo nuestra marcha, estas rocas desnudas y el sol calcinante. Entonces ya no se puede distinguir entre sueño y vigilia, ambos son iguales. Por todo esto, es lógico que se te haga difícil dormir, pero no te preocupes, ya te acostumbrarás.

El Sheij Iahia, pese a haber vivido toda su vida en el desierto, era un hombre educado y de conocimiento. Estaba lleno de reflexiones sobre la tierra que tanto amaba y a Iusuf le encantaba oírlas.

–El desierto es el lugar donde se acaban los límites –le decía–. En el desierto no hay espacio: se extiende hacia los cuatro puntos y el ojo no puede abarcarlo. En el desierto no hay tiempo: el día de ayer fue igual al de hoy e igual será el de mañana. Por lo tanto no hay pasado, ni presente, ni futuro: solo desierto. Y si miras al horizonte cuando el sol está en lo alto, ¿dónde empieza el cielo y dónde la tierra? Verás que no puedes distinguirlo porque en realidad no hay cielo ni tierra: solo desierto. Pensarás que estas cosas que te digo son devaneos por tanto sol en mi cabeza, pero puedo asegurarte que el hombre del desierto vive en la realidad. El resto del mundo es ilusión, fantasía. En el desierto no hay ninguna de estas cosas: en el desierto todas las cosas son una. La mentira no puede vivir aquí, no tiene dónde esconderse. La ilusión tampoco halla lugar, no tiene de qué alimentarse.

Por las mismas razones, el Sheij odiaba las ciudades y despreciaba a quienes vivían en ellas. Cada vez que se acercaban a Damasco, Bagdad o cualquier otra gran ciudad, el Sheij se sentía a disgusto y esforzaba las tareas para volver al desierto lo antes posible.

–¿Qué hacen los hombres viviendo unos encima de otros, como si el mundo no fuera lo suficientemente grande? Las ciudades solo sirven para que la gente pierda la cabeza.

Inclusive la religión del Sheij Iahia estaba fuertemente ligada al desierto.

–Moisés, Jesús, Mahoma, los grandes sabios de todas las religiones han sido hombres del desierto. ¿Crees que es una casualidad? En el desierto se ve la realidad tal cual es.

Pero a pesar de su seriedad y tono severo, el Sheij Iahia poseía un gran sentido del humor. Su esposa había fallecido hacía ya muchos años y el Sheij nunca había vuelto a casarse. En una oportunidad, Iusuf le preguntó por qué.

–Mi esposa era la mitad de mi alma y estoy seguro de que cuando Allah decida que ha llegado mi turno de abandonar este mundo volveremos a encontrarnos en el Jardín de los Bienaventurados. Cuando ella falleció, decidí que para reemplazarla debía encontrar una mujer perfecta. Viajé a Damasco donde me presentaron a una joven de despampanante belleza. Sin embargo, no sabía nada de las cosas de este mundo, por lo que no podía ser una buena compañera. Entonces fui a Bagdad, donde encontré una candidata inteligente y despierta, pero de escasa belleza. Finalmente, en el Cairo, conocí a una mujer radiante como un sol de tan hermosa, fina en sus ideas y prácticas, con los pies en la tierra y al mismo tiempo de profunda espiritualidad.

–¿Y porqué no se casó con ella? –preguntó Iusuf.

–¡Hermano mío! Nada más hubiese querido yo. Lamentablemente, ella también buscaba un hombre perfecto.

El Sheij Iahia era guardián de antiguos cuentos y leyendas que relataba a sus hombres en las noches estrelladas, mientras estos formaban ronda a su alrededor. Era un buen narrador, sabía mantener a su público en vilo a la espera de una resolución. Esos eran los momentos del viaje que Iusuf más disfrutaba. Sentados en la oscuridad, rodeando a Iahia, que con los ojos cerrados contaba sus historias como si las estuviese viendo en ese mismo momento.

Pero cuando se encontraba solo, a Iusuf lo atormentaba el recuerdo del bastón de plata. Puede resultar extraño que a una persona lo atormente el recuerdo de algo que no ha conocido. Iusuf añoraba la firme determinación que lo había puesto en viaje, el deseo de obtener el bastón que lo había empujado a escapar de la cárcel y lo había llevado al desierto, determinación que día a día iba desapareciendo. Entonces se concentraba en la imagen del bastón, lo veía brillando frente a él entre las dunas del desierto.

Una noche, Iusuf volvió soñar. Se encontraba en el desierto y a la distancia veía el bastón de plata y el azufre rojo convertidos en hombre, como en el sueño anterior. Pero ahora se habían fusionado en uno solo: el cuerpo del hombre era de plata y la cabeza era el azufre rojo, una cabeza de rubí que brillaba bajo el sol. Desde el horizonte le hacía gestos para que lo siguiese. Iusuf llegaba a una gran explanada, donde veía al Sheij Iahia acostado en la arena. El hombre-bastón de plata-azufre rojo estaba parado a su lado. El Sheij parecía dormir. Entonces el hombre-bastón de plata- azufre

rojo metía sus manos de plata dentro del cuerpo del Sheij Iahia, que se contagiaba de su luz. A través del cuerpo del Sheij la luz se expandía hacia todas partes y entonces todo el desierto se volvía de oro.

Por la mañana, Iusuf despertó oyendo los gritos y lamentos de las mujeres de la caravana. No tuvo que preguntar qué había sucedido; tanto dolor solo podía indicar que alguien había fallecido. Se acercó al grupo y encontró el cuerpo frío y sin vida del Sheij Iahia descansando en su tienda. Se había ido del mundo con la misma tranquilidad con la que había vivido.

Iusuf tomó el fallecimiento del anciano líder y el sueño que había tenido como una señal. Debía continuar su viaje y encontrar el bastón de plata. Sus días como beduino habían terminado.

VII. CRUZANDO EL MAR

Abandonó la caravana y se dirigió al puerto de Sidón. Si quería llegar a Al-Andalus, debía atravesar el mar Mediterráneo. Una vez en el puerto buscó trabajo. Lo tomaron como aprendiz en un navío comercial. La vida de marinero le resultó extrañamente parecida a la de beduino. Aquí también los hombres estaban solos y lo que en un lugar eran dunas interminables, en el otro eran olas de agua salada que se alzaban al cielo. Le fascinaba ver cómo el capitán del barco navegaba guiándose por las estrellas, leyéndolas con tanta facilidad como si se tratara de un mapa. Tenía una hermosa voz y solía

recitar un versículo del Corán: "Dios es quien ha sujetado el mar a vuestro servicio para que las naves lo surquen a una orden suya".

La embarcación se dirigía a Sicilia; sin embargo, nunca llegaron a destino. Una mañana fría en la que el sol no terminaba de disipar la neblina, se encontraron en el horizonte con una desagradable sorpresa. Un barco sin bandera ni distinción de ningún tipo se acercaba a ellos a gran velocidad. Se sabía que los piratas eran los auténticos dueños del mar Mediterráneo. Desde los puertos de Túnez se dedicaban a atacar a todas las embarcaciones que encontraran desprevenidas. El capitán intentó una maniobra de escape, pero los piratas conocían mejor esas aguas y su embarcación era muy superior. El capitán optó por la rendición con el objetivo de salvar su vida y la de sus hombres. De poco le sirvió. Apenas tomaron el barco, el capitán fue asesinado junto con los tres hombres que intentaron defenderlo. Si dejaban vivir al resto de la tripulación era para venderlos como esclavos. Iusuf maldijo su suerte. Por nada del mundo volvería a ser esclavo. A la distancia le pareció divisar una isla en el horizonte. En un momento de distracción de los piratas y sin pensarlo dos veces, se lanzó al mar. No sabía nadar, pero prefería morir ahogado que volver a la esclavitud. Con desesperación intentaba mantenerse a flote y alejarse del navío mientras oía la risa de los piratas, que ni siquiera intentaron detenerlo, seguros de que no sobreviviría en mar abierto. Pronto la embarcación quedó fuera de su vista. Pero la isla no aparecía.

Lo rodeaba la inmensidad del mar, agua hacia donde mirase y el gusto a sal en la boca. La fuerza comenzó a faltarle. Los músculos se le entumecían. La conciencia se le iba en ensoñaciones que anunciaban la muerte próxima. En ese momento, mientras se sentía desmayar y comenzaba a ahogarse, pensó en el bastón. Primero era un simple bastón que brillaba en el horizonte. Luego lo imaginó como el hombre-bastón de plata-azufre rojo, que lo tomaba en sus brazos y le hablaba al oído mientras él se dormía.

Cuando despertó era de noche. Se encontraba en una playa de arena y rocas. Su primera reacción fue arrastrarse lejos del mar, como si las olas fueran dientes de una boca gigantesca que estuviera a punto de engullirlo. Entendió que se encontraba en la isla. Por suerte, sus últimas fuerzas lo habían abandonado cuando ya estaba cerca de la costa. A pesar de la oscuridad, la luz de la luna lo ayudó a ver un bosque frondoso que empezaba donde terminaba la playa. Todo estaba demasiado silencioso. ¿Dónde se encontraba? Decidió juntar fuerzas antes de ir a investigar e intentó descansar. No podía evitar sentir que alguien lo espiaba.

VIII. EL MONO ESPEJO

Dos días le llevó confirmar por completo que se encontraba en una isla. Y en una isla desierta. Recorrió el terreno de punta a punta sin encontrar construcciones ni señal alguna de actividad humana. Casi no había animales, excepto pájaros. El centro de la superficie de la isla lo ocupaba una pequeña selva, más que nada de cocoteros y plantas salvajes. Mitigó el hambre con algunos cocos y una fruta pequeña y rojiza que al principio le desagradó por ácida, pero a la que luego se fue acostumbrando. Por las noches dormía en la playa, a cielo abierto, soñando con la posibilidad de divisar en el horizonte un

barco que pudiera rescatarlo. Durante el día buscaba alimento y recorría las distintas playas escrutando el mar en busca de una embarcación salvadora.

Al tercer día, mientras intentaba trepar un cocotero, tuvo la certeza de que un par de ojos lo observaban. Estaba a mitad de camino en su ascenso hacia los cocos, con las piernas y los brazos aferrados al tronco, una posición en la que le era imposible defenderse. En un árbol similar, ubicado a no más de cinco metros, descubrió la presencia que había intuido. Un mono bastante grande de tamaño lo contemplaba en silencio. Parecía encontrarse en la exacta misma posición que él, con las piernas y los brazos entrecruzados alrededor del tronco. Tenía los ojos bien abiertos, de color verde, rodeados por unas ojeras rojas. La nariz chata, la boca grande cerrada y en la cabeza algunos pelos revueltos. Iusuf y el mono estuvieron mirándose durante un largo minuto, sin que ninguno de los dos se moviera. Finalmente, Iusuf hizo un gesto con la mano que pretendía ser amenazador. Le pareció que tenía que dejar claro que ahora era él quien mandaba en la isla. El mono alzó el brazo y copió, con exactitud, el movimiento de Iusuf. Luego, sosteniéndose del tronco con sus patas, soltó los dos brazos y los usó para arrancar un coco, que estuvo oliendo un buen rato mientras Iusuf lo observaba con envidia, pues era un coco de gran tamaño y aspecto apetitoso. Repentinamente, el mono arrojó el coco hacia Iusuf, le pegó en pleno rostro y lo hizo caer del árbol. Apenas se levantó del suelo, dolorido, buscó al mono para ajustar cuentas, pero ya había desaparecido.

Iusuf sabía que era imposible, pero lamentaba cada minuto no haberse llevado del barco, antes de tirarse al mar, un cuchillo o alguna herramienta, pues ahora debía valerse de sus propias manos hasta para abrir un coco.

Por la noche, mientras intentaba conciliar el sueño, el hambre se hacía más fuerte y lo llevaba a recordar la gran variedad de alimentos que había conocido en el zoco. Volvían a su mente los puestos repletos de dátiles, quesos y carnes. Por momentos se sentía espiado, pero cuando forzando los ojos recorría la oscuridad que lo circundaba, solo encontraba la playa desierta.

Al quinto día se encontraba verdaderamente desesperado de estar en la isla. Ya no soportaba tener la vista clavada en el horizonte a la espera de un barco que lo rescatara. Como juego, y para mantener la mente ocupada, se puso a pensar en el bastón de plata. Hasta trató de imaginar al misterioso Abdu Rahman, el poseedor del bastón, que el viejo Ahmad había mencionado en su relato diciendo que era un peligroso brujo. Iusuf no le tenía miedo. Se enfrentaría a él sin dudarlo. "Sus hechizos no servirán conmigo", desafiaba Iusuf a un imaginario Abdu Rahman en la soledad de la isla. "Ni lo intente. ¿Sabe usted las cosas que he atravesado para llegar aquí? He escapado de prisión, fui náufrago en una espantosa isla y seguí adelante porque sabía que el bastón de plata tenía que ser mío. ¡Entréguemelo!"

Iusuf despertó de su ensoñación al notar una presencia en su flanco izquierdo. A unos pocos metros, el mono que lo había tirado del cocotero lo observaba

con curiosidad. Iusuf se sintió ridículo. El mono lo había estado observando durante toda su actuación. Le gritó que se fuera y el mono le respondió gritando él también. Nuevamente parecía imitarlo. Iusuf se preguntó si la carne de mono sabría bien. Quiso atraparlo pero el mono huyó apenas intentó acercársele.

Otro día, mientras paseaba por la isla, Iusuf encontró una rama que por su forma le recordó al bastón de plata. Como no había visto nunca el bastón con sus propios ojos, en realidad le recordó la forma que él mismo le había dado en su cabeza. Siguiendo con el juego, decidió que ese era verdaderamente el bastón de plata. El malvado brujo Abdu Rahman yacía en la tierra. Luego de un combate feroz en el que lo había atacado con todo el poder de su magia, Iusuf lo había derrotado. Ahora el bastón era todo suyo.

Por un momento casi fue real, como si pudiera sentir el poder del bastón. Y ya no se separó de él. Lo llevaba en sus excursiones por la isla y mientras dormía el palo descansaba a su lado. No se había vuelto loco, tenía claro que ese no era el verdadero bastón de plata. Y sin embargo, temía que el mono imitador intentara robárselo. ¿Para qué iba a querer un mono aquella rama que solo él sabía que representaba el bastón? Y en caso de que se la robara ¿Cuál era la diferencia entre esa y las ciento de ramas similares que había en la isla? No importaba, Iusuf cuidaba su palo-bastón con celo. Con el pasar de los días, el juego se volvió más complejo. Iusuf comenzó a simular que convertía las cosas que tocaba. Podía apoyarlo sobre una roca o un árbol

o coco y entrecerrando los ojos, veía el objeto dorado. Luego trataba de recordar que esa roca, ese árbol o ese coco que había tocado ahora eran de oro y cada vez que pasaba por delante los veía brillar. Mientras paseaba por la isla con su palo decidía sobre qué cosas convertiría ese día. Podía pasar horas contemplando una roca, imaginando cómo sería cada detalle en oro o perseguir a un insecto, luego de haberlo tocado con el palo, para ver sus patas o antenas doradas. Con este juego los días se hicieron más fáciles y aunque aún dedicaba un par de horas al día a escrutar el horizonte en busca de barcos, la mayor parte del tiempo se divertía convirtiendo la isla en oro. Su única preocupación era el mono. Cada tanto se le aparecía en su recorrido y de inmediato comenzaba a imitarlo. Por esa particularidad, Iusuf pensaba en él como "el mono-espejo" y así lo llamaba cuando quería echarlo de su lado. "¡Fuera mono-espejo, fuera!", le gritaba, a lo que el mono respondía imitando cada uno de sus gestos.

Un día, el mono-espejo llevó su imitación al extremo. Tomando él también un palo similar al que tanto cuidaba Iusuf, comenzó a copiar la práctica de tocar árboles, piedras y lo que se le cruzase en el camino, como si él fuera también el poseedor de un bastón con propiedades mágicas. A Iusuf no le gustó nada. Lo tomó como una burla. Tal vez al ver al mono-espejo tomaba conciencia de lo ridículo de su comportamiento. Además se había compenetrado tanto con su fantasía que realmente veía las cosas convertidas en oro, y cuando el mono-espejo tocaba un mismo objeto con

su palo, a los ojos de Iusuf, ese objeto volvía a ser como era antes. En su fantasía, el palo del mono-espejo se convirtió en un anti-bastón de plata, con la cualidad de volver los objetos a su estado original.

Desde ese momento empezó entre ellos una feroz competencia. Iusuf dedicaba el día a convertir la isla en oro y el mono-espejo iba detrás de él, volviendo las cosas a la normalidad. Nada hubiese querido más Iusuf que atraparlo, pero el mono-espejo era muy rápido y nunca podría haberlo alcanzado.

Llegó la temporada de lluvias y la vida en la isla se hizo difícil. Iusuf decidió construir una choza en la playa para protegerse y no tener que dormir en la intemperie. Juntó algunos troncos, ramas caídas y hojas grandes. El resultado le pareció respetable teniendo en cuenta la falta de herramientas. No pudo evitar, una vez terminada la construcción, tocarla con la punta del palo-bastón e imaginar que se transformaba en un palacio de oro. El mono-espejo, que mientras Iusuf trabaja en la choza se encontraba a unos veinte metros observándolo con atención, comenzó él también a apilar ramas y hojas caídas pero sin ningún criterio.

Apenas se largaba a llover, Iusuf se refugiaba en su choza. A pesar de lo comprensible que hubiera sido dejarse llevar por la desesperación, Iusuf siempre tuvo la certeza de que saldría de la isla. La veía como una parada más en su largo viaje hacia el bastón de plata. Él era su dueño, lo sentía en cada hueso de su cuerpo, nunca en su vida había estado tan seguro de algo. Poco importaban el naufragio, la isla y los adversarios

e inconvenientes que pudieran presentarse en adelante: el bastón sería suyo.

Una noche en que la tormenta era especialmente feroz, un fuerte impacto en la parte trasera casi tira abajo la choza. Cuando Iusuf se asomó a ver qué era lo que ocurría, se encontró con el mono-espejo que, desde una prudente distancia, arrojaba cocos contra la construcción. El siguiente coco dio en el blanco y la destruyó. Iusuf estaba furioso. Salió dispuesto a atrapar al mono-espejo dejando, por primera vez, su rama-bastón abandonado.

Corría como un loco, entre la oscuridad y el barro, con la lluvia pegándole en el rostro, sin poder atrapar al mono-espejo, que siempre era más rápido y se perdía en la maleza. Entonces un relámpago iluminó la isla casi como si fuera de día. Un instante después, un fuerte estruendo proveniente de la playa hizo temblar la tierra bajo sus pies. Iusuf volvió sobre sus pasos para ver qué había pasado. Se encontró con los restos de su choza convertidos en una inmensa fogata. El rayo había pegado en ese exacto lugar. Su primer impulso fue sacar del fuego el palo-bastón y no pudo evitar caer de rodillas en la arena al verlo arder junto a las otras ramas y los troncos. ¿Por qué le dolía ver quemarse ese pedazo de madera? ¿Por qué sentía como si fuera el verdadero bastón el que ardía y se perdía para siempre junto a sus extraordinarios poderes y todos los sueños que había armado a su alrededor? Al calor de la fogata, que la lluvia no lograba apagar, el odio de Iusuf fue creciendo. Primero echó la culpa de todo al

mono-espejo. Él había destruido su choza y no había dejado de molestarlo desde que llegara a la isla. Pero si el mono no lo hubiese atacado, Iusuf hubiese estado dentro de la choza al caer el rayo: le había salvado la vida. Sin embargo, no pudo sentir gratitud, lo invadió un odio más profundo, no ya al mono-espejo sino a la creación entera; al cielo y sus rayos, al mar y sus olas, a toda la tierra y todos los hombres. La vida era injusta. Alzó la vista al cielo y maldijo. Maldijo con todas sus fuerzas. Maldijo el nacer pobre, el haber sido esclavo, preso, el estar atrapado en esa isla perdida. Maldijo las cosas malas y las buenas, los pocos momentos felices y las muchas desgracias, porque todas por igual eran parte del injusto sinsentido que era su vida. Y fue como vaciarse, como dejar salir de sí todo lo que tenía dentro. Luego, extenuado, cayó dormido.

Esa noche Iusuf volvió a soñar con el bastón de plata. Caminaba por la playa junto al hombre-bastón de plata-azufre rojo. Mientras caminaban, Iusuf le iba contando todos sus pesares. Este acompañaba sus sentimientos. Iusuf estaba muy enojado, pero al menos tenía el consuelo del hombre-bastón de plata-azufre rojo. Seguía hablando sin parar y el hombre-bastón de plata-azufre rojo escuchaba con atención y reaccionaba a sus palabras. Pero entonces Iusuf se daba cuenta de que las reacciones del hombre-bastón de plata-azufre rojo a sus palabras eran idénticas a las suyas. Porque no eran reacciones. Lo estaba imitando.

Cuando despertó, había amanecido hacía ya unas horas. La fogata estaba apagada y en su lugar una gran

columna de humo se alzaba hasta el cielo. Sobre la línea del horizonte, Iusuf vio una embarcación que se acercaba a la isla. Primero creyó estar soñando todavía, al comprobar que su visión era cierta, corrió por la playa y les hizo señas desesperado. Del barco salió una pequeña chalupa que se dirigió a la costa. Cuando los marineros llegaron junto a Iusuf, le contaron que el capitán había distinguido a la distancia la columna de humo y había imaginado que se trataba de un náufrago que necesitaba ayuda. El incendio de su choza lo había salvado. Lo llevaron al barco. Relató su historia al capitán. En total había pasado en la isla tres meses. Sentía una alegría tan grande por verse rescatado que tenía que contenerse para no llorar. Pero la sorpresa mayor se la llevó al enterarse de que el destino de la embarcación eran las costas de Al-Andalus. ¿Cómo podía ser posible tanta suerte? Iusuf tuvo la certeza de que, de alguna manera, era el bastón el que lo había salvado. Lo importante era que nuevamente estaba en camino.

Desde la cubierta del barco, Iusuf vio cómo la isla se alejaba en el horizonte. Distinguió al mono-espejo, en la playa, con su falso bastón en una mano, mientras que con la otra lo saludaba. Pero en realidad era Iusuf el que saludaba. Y el mono-espejo, como siempre, solo lo imitaba.

IX. CÓRDOBA

Al-Andalus. ¿Podía existir una civilización importante en un lugar tan alejado? Para una persona como Iusuf, nacida y criada en Bagdad, la ciudad más importante del mundo, Córdoba sonaba a barbarie.

Después de visitar dos puertos del norte de África, llegaron a destino. Fue en una noche oscura y de luna llena, cuando mi padre pisó por primera vez la tierra de Al-Andalus. Ante sus ojos, se abría un paisaje que le resultaba al mismo tiempo bello y misterioso. Tres años habían transcurrido desde que abandonara Bagdad. Tres largos años le había llevado llegar hasta esas lejanas tierras. Buscaba

signos en el horizonte, intentando interpretar lo que el destino le depararía. Su única certeza era que su vida cambiaría radicalmente. Y tenía razón.

Se puso en camino a la ciudad de Córdoba, donde debía encontrar al misterioso alquimista Abdu Rahman. Luego de unos días de marcha, se encontró ante uno de los puentes que cruzan el Ualad Kabir[2] en la entrada a la ciudad.

Esperaba hallar cualquier cosa en aquellas tierras menos la ciudad de Córdoba. Lo sorprendieron las mezquitas, los baños públicos, las tiendas y los comercios; las calles empedradas y alumbradas de noche, donde se podía andar hasta quince kilómetros a la luz de los faroles callejeros; los innumerables jardines, alcantarillas, acueductos y paseos de recreo. Inmediatamente comprendió que esta ciudad no tenía nada que envidiarle a Bagdad.

Pero lo que más lo deslumbró fue la Gran Mezquita. Al entrar tuvo la sensación de encontrarse en un interminable bosque de columnas: un bosque sagrado petrificado para conservarse en su mayor esplendor hasta el fin de los tiempos.

La magnitud y belleza de la mezquita, fueron para él una especie de confirmación: si esta ciudad era capaz de albergar monumentos como ese, podía albergar también al bastón de plata. Solo necesitaba encontrar a Abdu Rahman.

2. UALAD KABIR: En árabe "río grande", de donde deriva el nombre Guadalquivir.

Por ser un ladrón profesional, mi padre sabía que lo mejor era actuar con cautela y siguiendo un plan. Lo primero era hacerse de una situación económica más próspera, pues había llegado a Córdoba sin una moneda en sus bolsillos. Y dado que ser ladrón consiste justamente en obtener rápidamente bienes materiales, esta fue la parte más fácil de su plan. Pasó entonces un tiempo en el zoco de Córdoba, utilizando alguno de los muchos trucos que conocía para aprovecharse de la riqueza de los demás. De esa manera, hurtando, mintiendo y estafando, en solo unas semanas ya contaba con dinero suficiente. Si no siguió adelante con estas prácticas fue para no llamar la atención y para no distraerse de su objetivo primordial. Gastó la mayor parte de lo que había conseguido en una impresionante túnica, de las más finas que había en la ciudad, digna de un Califa, con la que pensaba deslumbrar a Abdu Rahman llegado el momento. Una vez solucionadas sus necesidades materiales, lo siguiente era averiguar el paradero de Abdu Rahman. Decidió entonces hacerse pasar por estudiante y con esa intención comenzó a concurrir a las charlas que se realizaban en la Gran Mezquita todos los días, donde los maestros, sentados contra alguna de las cientos de columnas y frente a una ronda de alumnos y curiosos, departían sobre sus conocimientos. Se trataban en estas improvisadas charlas los más variados temas. Aquí, un maestro enseñaba matemáticas, y más allá, otro hablaba de filosofía, música o medicina.

Iusuf se mezcló entre estos grupos, trató de pasar desapercibido y prestó atención a todo lo que se decía.

Especialmente buscaba aquellos grupos en donde se enseñaba y debatía sobre alquimia, para obtener información sobre Abdu Rahman. Copiaba la forma en que hablaban y se movían los estudiantes, con la intención de asimilarse a ellos lo más posible. Gracias a su innata capacidad de observación, en muy poco tiempo pudo integrarse como uno más, sin que nadie notase en él nada extraño. Cuando alguien se le acercaba a hablar, se presentaba con su nombre verdadero, pues estando tan lejos de su tierra natal no tenía ninguna razón para ocultarlo. Tampoco mentía en cuanto a su origen, dado que ante los ojos de los demás, venir de Bagdad, la gran capital del califato, le daba prestigio.

Pronto tuvo una idea bastante precisa de la cantidad y calidad de grupos de alquimistas de la ciudad de Córdoba. Notó que, como en casi cualquier otra rama del saber humano, estos grupos muchas veces estaban enfrentados y competían constantemente con sus teorías y descubrimientos. Lo que más le extrañaba era no escuchar por ningún lado el nombre Abdu Rahman. ¿Cómo podía el maestro más grande de la alquimia ser ignorado por sus compañeros de materia? ¿Cómo no ocupaba entre ellos un lugar de privilegio? En esos días, temió lo peor. Por primera vez, su fe en el bastón tambaleó. Llegó a preguntarse si no había sido víctima de un gran engaño. ¿Y si Abdu Rahman y el bastón de plata no existían? ¿Y si la leyenda del azufre rojo era solo un invento del viejo Ahmad para burlarse de su compañero de calabozo? Un día no aguantó más la incertidumbre y se decidió a mencionar el nombre

del alquimista. Con sus pesquisas, descubrió al menos que Abdu Rahman sí existía, aunque vivía apartado y no frecuentaba demasiado la ciudad. Cuando preguntó directamente si había forma de ponerse en contacto con él y convertirse en su discípulo, obtuvo risas como respuesta.

–¡Quién no lo quisiera! Abdu Rahman no toma discípulos como otros maestros, más vale que te olvides del asunto –le respondió un joven aspirante a alquimista.

Sin embargo, Iusuf siguió insistiendo y preguntando por Abdu Rahman a quien se cruzara en su camino. Un día, cuando salía de la mezquita, un hombre que tendría un par de años más que él se le acercó sigilosamente.

–Tengo entendido que has estado preguntando por el maestro Abdu Rahman. ¿Es esto cierto? –dijo, después de comprobar que nadie los escuchaba.

–Así es.

–¿Y para qué lo buscas?

–Porque quisiera aprender con él.

–Te advierto: no es fácil convertirse en su discípulo, muchos son los que lo intentan y pocos los que lo logran.

–Puede ser. Sin embargo quisiera probarlo.

–¿Y qué te hace pensar que triunfarás donde otros han fracasado? –quiso saber el extraño.

–Digamos... que no soy un alumno como los demás.

–Espero que así sea. Sigue caminando hacia el Norte, no te detengas hasta abandonar la ciudad. Luego verás

un bosque, ingresa en él y sigue siempre en la misma dirección. Luego de un par de días de marcha, si Allah quiere, encontrarás la casa de Abdu Rahman.

X. AMIGOS DEL CAMINO

Ataviado con su elegante túnica que el robo le había permitido comprar, mi padre se puso en camino a la casa de Abdu Rahman. Su plan era el siguiente: presentarse ante el sabio como un gran príncipe que había venido desde el Oriente para estudiar con él. Una vez que se hubiese convertido en su discípulo, buscaría el bastón de plata y lo robaría. No descartaba la posibilidad de usar la violencia, estaba dispuesto a todo con tal de conseguir su objetivo.

Con el papel bien aprendido, se puso en marcha. Si pretendía pasar por un príncipe, debía llegar acompañado de esclavos o

al menos sirvientes. Ya en las afueras de la ciudad, se cruzó con dos campesinos, un anciano y un negro enorme. Se acercó a ellos y les propuso que, a cambio de una buena paga, lo acompañaran en el viaje.

–¿Y a dónde quiere el señor que lo acompañemos? –preguntó el viejo.

–Estoy buscando la casa de un sabio llamado Abdu Rahman.

El anciano y el negro se miraron y no respondieron.

–¿Conocen ustedes a Abdu Rahman?

–Por supuesto –respondió el viejo.

–Mejor aún entonces, podrán hacerme de guía.

–No estoy seguro de que esa sea una buena idea –dudó el anciano, mientras fijaba su mirada en el negro gigantesco que permanecía en silencio, totalmente inexpresivo.

–¿Por qué no? Solo les pido que me acompañen hasta su casa. No tienen nada que temer.

–¿Y para qué quiere ver a Abdu Rahman?

–Quiero convertirme en su discípulo.

El anciano guardó silencio unos segundos.

–Supongo que no nos vendría mal ganarnos unas monedas... –respondió finalmente, sin mucha convicción.

–Entonces, marchemos de una vez.

Se pusieron en camino. Tras dos horas de avanzar en silencio, decidieron parar a comer algo. Luego continuaron con la marcha. Al llegar el atardecer, el viejo y el negro pidieron tiempo parar para realizar la oración

del Magrib[5]. De mala gana mi padre aceptó, aunque no se unió en el rezo. Se puso nervioso cuando vio que la oración se prolongaba. El viejo realizó una larga súplica para pedir que lloviera pronto en la región. Al finalizar, continuaron con el viaje.

No había pasado más de una hora y ya era de noche, cuando repentinamente se largó una lluvia torrencial. El viejo y el negro se abrazaban felices, bailoteaban pisando charcos, mientras Iusuf desesperaba por el riesgo que corría su disfraz de príncipe, que tan caro le había salido. Corrieron hasta una cueva donde pudieron ponerse a resguardo.

–¿Están felices? ¿Esto es lo que querían? ¿Esto es lo que pedían en sus súplicas? ¡Un maldito diluvio! –gritó cuando el enojo lo desbordó.

–Pero, señor... nuestra tierra sufre sequía desde hace ya mucho tiempo. Esta lluvia le hará bien a nuestros campos, traerá comida a muchos hambrientos –respondió el viejo en tono bajo.

–Lo entiendo. Pero para mí es una gran desgracia esta lluvia...

–El Corán dice que la lluvia es misericordia –dijo el negro, abriendo la boca por primera vez. Y en su severa mirada parecía haber lugar para cualquier cosa menos para la misericordia.

5. MAGRIB: (árabe: مغرب) Cuarta oración de las cinco diarias del Islam, posterior al ocaso. La palabra magrib es un término árabe que significa "de la puesta [del sol]"; de la palabra "gharaba": "ponerse"; "esconderse"

–Señor –dijo el viejo tratando de mantener la paz–, piense que quizás esto es lo mejor, de cualquier manera no era buena idea continuar de noche pues en esta zona abundan los ladrones, ahora podremos descansar y mañana. Si Allah quiere, continuaremos con mejor clima y con las energías renovadas.

Iusuf tuvo que aceptar los sensatos argumentos del anciano y se acomodaron para dormir. Pero la idea de estar perdiendo el tiempo lo torturaba. Decidió aprovechar la espera para sacarles a los campesinos información que le pudiera ser de utilidad sobre Abdu Rahman.

–¿Es cierto que conocen a Abdu Rahman? –preguntó.

–Sí, señor, lo conocemos –respondió el viejo, mientras el negro volvía al mutismo.

–¿Y cómo es él?

–Bueno… no sabría decirle…

–¿Es un hombre muy anciano?

–No, no tanto.

–He escuchado que es muy estricto…

–Oh, sí. Se cuenta por ahí que a un discípulo que osó responderle de mala manera le cortó la lengua y a otro que no le respondió a tiempo le quemó las orejas.

–¡Vaya!

–Y eso no es todo. También se dice que tiene extraños poderes: que ha convertido hombres en monos y en cerdos y que es capaz de invocar a los peores demonios para que atormenten a sus enemigos durante el sueño y la vigilia.

–¡Esas no son más que habladurías!

–Puede ser… pero yo no estaría tan seguro… –murmuró el viejo, mientras se acomodaba para descansar.

Los campesinos se durmieron rápidamente. A Iusuf, en cambio, le costó un poco más conciliar el sueño. Las palabras del viejo daban vueltas en su cabeza.

I. EL VIAJE HACIA ABDU RAHMAN

Temprano por la mañana abandonaron la caverna y continuaron con el viaje. Como había previsto el anciano, ya no llovía y un sol espléndido los aguardaba. La fina túnica de mi padre conservaba su buen estado a pesar de la lluvia y la noche en la cueva, lo cual lo alegró. De nuevo, tuvo que esperar que el viejo y el negro cumplieran con sus oraciones antes de salir. Él prefirió utilizar ese tiempo repasando lo que iba a decir y hacer cuando se encontrara finalmente con Abdu Rahman.

Terminadas sus obligaciones religiosas, los campesinos se le acercaron para continuar la marcha.

–¿Y a qué se dedicaba en Bagdad? –preguntó de repente el anciano, luego de una hora de caminata silenciosa.

–No es asunto suyo.

–No fue mi intención molestarlo, trataba de hacer el viaje más ameno.

–Pues no es esa la manera de lograrlo.

–Bagdad ha de ser una ciudad hermosa, ¿no es cierto?

–Así es. La más bella de todas.

–¿Aún más bella que Córdoba?

–Claro que sí.

–La verdad es que no he recorrido el mundo como usted, nací en esta tierra y seguramente en ella moriré, pero me cuesta creer que exista ciudad más hermosa que mi Córdoba.

–Pues créalo. No niego que Córdoba tenga lo suyo, pero como Bagdad no hay otra.

–Si es como dice, ¿por qué tuvo que viajar hasta aquí? Supongo que en Bagdad debe haber grandes maestros con los que estudiar…

–Tengo mis motivos para haber venido. Y de momento, lo único que usted necesita saber es que debe guiarme a la casa de Abdu Rahman.

–Y eso estoy haciendo. Pero… no sé si con Abdu Rahman encontrará lo que busca.

–¿Qué está sugiriendo?

–Nada. No es asunto mío. Yo solo estoy aquí para ganarme unas monedas. ¡Es que usted es un hombre tan joven!

–¿Y eso qué tiene que ver?

–¿Acaso no tiene miedo?

–¿A qué debería temer?

–¡A Abdu Rahman, por supuesto! ¿No escuchó nada de lo que le dije? ¡Esta poniendo en riesgo su vida! Siento que tengo la obligación de advertirle. ¡Todavía estamos a tiempo de volver!

–No insista, no piense que puede asustarme con sus historias de magos y demonios. Yo no creo en esas cosas.

–¿Puedo preguntarle entonces en qué cree?

–¿Y eso a usted qué le importa?

–No se ofenda, ya le expliqué que solo me preocupo por usted, y he notado que no quiere rezar con nosotros. Si fuera un buen creyente, podría enseñarle algunos trucos y talismanes para protegerse contra las oscuras artes de Adbu Rahman...

–Le agradezco, pero no estoy interesado en sus consejos.

–¿En qué cree usted, entonces?

–Ni siquiera tengo una respuesta a esa pregunta. ¿Acaso estoy obligado creer en algo?

–¡Por supuesto que no, señor! No es que esté obligado: usted cree en algo. Todos creemos en algo. Es como si alguien dijera que no tiene corazón o hígado. Puede que, por ignorante, una persona no sepa que los tiene. Pero si está vivo y camina, yo le aseguro que los tiene. Pues no hay hombre que pueda ir caminando por ahí sin un corazón o un hígado. Aplique lo mismo a la fe: no hay hombre que pueda subsistir ni un segundo sin tener fe en algo. Quizás algunos no saben en qué tienen fe, eso lo admito, pero que la tienen, la tienen.

–¡Es usted un verdadero charlatán! –dijo Iusuf ya casi divertido–. Hacía tiempo que no me cruzaba con una lengua como la suya.

Siguieron caminando un largo trecho más. A pesar de que lo incomodaba con sus preguntas, el anciano había terminado por simpatizarle a Iusuf. Le gustaba el modo en que reflexionaba, de forma sencilla pero profunda, y como su voz tenía autoridad sin perder nunca el tono humilde.

–¿Cree usted en la casualidad? –volvió a la carga el anciano.

–Otra vez con sus preguntas...

–¿Cree o no cree?

–Sí, ¿por qué no?

–¿Usted cree que es casualidad que nuestros caminos se hayan cruzado?

–Supongo que sí...

–Pues no, no es casualidad. Usted se ha cruzado conmigo para que le advierta de los peligros a los que se expone siguiendo a Adbu Rahman. ¿Entiende? Es por eso que nos cruzamos. Allah lo está protegiendo al hacerlo cruzarse conmigo.

–No le voy a negar que desde hace un rato que estoy preguntándome por qué me he cruzado con usted, pero más que una pregunta diría que es un lamento desesperado: ¡¿por qué?! ¡¿Por qué?! ¿Me entiende?

–Piénsenlo bien, todavía está a tiempo de escapar.

–Escuche, aunque estuviera hablándome durante una hora y lo acompañasen en la tarea ángeles caídos del cielo o un ejército de genios surgido de las entrañas

mismas de la tierra, le aseguro que tampoco podría detenerme. Voy a encontrar a Adbu Rahman, así tenga que buscarlo en el fondo del mar.

–No creo que tenga que ir tan lejos. Detrás de esta colina se encuentra su casa. Hemos llegado.

XII. EL CRUCE DEL RÍO

Mi padre, el viejo y el negro se vieron forzados a detener la marcha. Frente a ellos, un río les impedía seguir adelante. El viejo explicó que una vez cruzado se encontrarían a pocos metros de la casa de Abdu Rahman.

–Está del otro lado –dijo el anciano–. Este río no suele ser más que un hilo de agua, pero con la lluvia su caudal ha crecido. De cualquier manera el agua nos llegará, como mucho, a la cintura. Podremos cruzarlo sin problema.

–¿Usted sugiere que me sumerja en el agua? De ninguna manera, busquemos otro camino –respondió Iusuf.

–Es que no hay otro: si quiere llegar a lo de Abdu Rahman, debemos cruzarlo.

–¿Acaso no ve cómo estoy vestido? ¿Se imagina en qué estado va a quedar mi ropa si me sumerjo en el agua? No puedo presentarme ante Abdu Rahman de esa manera...

–Tómelo como una señal más. La casualidad, si me permite plantearlo en esos términos, ha puesto este obstáculo entre Abdu Rahman y usted para que recapacite y vuelva sobre sus pasos.

–¡De ninguna manera! Déjeme pensar un poco...

–El río atraviesa todas estas tierras, le repito que no encontrará otra forma de llegar.

Iusuf reflexionó en silencio unos segundos y luego se dirigió al negro.

–Te pagaré para que cruces llevándome sobre tus espaldas.

El negro se le quedó mirando sin responder.

–Te pagaré el triple si me cargas hasta cruzar el río. Debo evitar mojar mi túnica.

El negro miró al viejo, como esperando que resolviera el asunto por él. El anciano bajó la mirada. Su gigantesco compañero se notaba claramente enojado por la propuesta.

–¿Y? ¡Vamos! ¡Cárgame de una vez!

Al alzar el tono y ponerse demandante, Iusuf pudo ver que la mirada del negro se oscurecía y su rostro iba endureciendo sus rasgos mientras se le acercaba con expresión desafiante. En ese momento el anciano intervino para calmar los ánimos.

–Discúlpeme, señor, mi amigo ha sido esclavo en el pasado y digamos que no le gusta que le den órdenes.

–¿Su amigo no quiere? Muy bien. Entonces usted, ¿qué me dice?

–¡Señor! ¿No ve acaso que soy un hombre mayor?

–¡Si se conserva en perfecto estado! Se ve que todavía es fuerte.

–Pero mi espalda…

–Será solo un momento, ni se dará cuenta.

–¡No puedo creer, ni siquiera, que se le ocurra esa posibilidad!

–¿Por qué no? ¡Le estoy ofreciendo un excelente negocio!

–Si mi espalda se rompe le aseguro que no habré hecho negocio alguno y, a mi edad, eso es lo más probable.

–Le pagaré cuatro veces lo acordado. Es una suma más que considerable por solo unos minutos de trabajo.

–No, señor, tengo que decirle que no. Entiendo que quiera cuidar su imagen, pero es inaudito que un anciano como yo cargue sobre sus espaldas a un hombre joven como usted. De ninguna manera.

Iusuf decidió intentar con otros argumentos.

–Escuche lo que voy a decirle. ¿No me hablaba usted hoy sobre la casualidad?

–Así es.

–¿Y no dijo que considera que nuestro encuentro no había sido casual?

–Eso dije.

–O sea que usted cree que el hecho de cruzarnos en este camino es parte de lo que Allah quiere, parte de nuestro destino.

–Sí, eso creo.

–Pues déjeme decirle lo que yo creo: Allah lo puso en mi camino justamente para que al llegar a éste río me ayudara a cruzarlo y de esa manera pudiera llegar a Abdu Rahman como corresponde y causarle una buena impresión. ¿Se da cuenta? Fíjese cómo nuestras ideas se acercan, hace un rato usted me hablaba de destino y en este momento creo que no podrían haber sido sus palabras más oportunas y acertadas. Y nuestro destino es que me cruce sobre sus hombros. Es lo que Allah quiere.

–¿Lo que Allah quiere?

–Así es. No tengo dudas.

El viejo permaneció en silencio uno segundos.

–Está bien, lo cruzaré.

–¡Excelente!

El negro se abalanzó hacia ellos, seguramente preocupado por la salud del anciano. Este lo detuvo con un gesto.

–Tranquilo, Ibrahim –dijo el viejo–. Cruzaré al señor sobre mis hombros.

Y acompañando sus palabras, ofreció la espalda para que Iusuf montara en ella. Con Iusuf encima, el delgado cuerpo del anciano estaba a punto de quebrarse, como una rama de un árbol sobre la que se hubiese posado un pájaro colorido y descomunal. Si no tuviéramos en cuenta el dolor y el peligro por

el que estaba pasando el anciano, se podría decir que la imagen resultaba graciosa. Con paso decidido, el anciano se sumergió en el arroyo. Se bamboleaba de un lado a otro, a punto de caer en cualquier momento. El agua le llegaba a la cintura y no tocaba en absoluto la túnica de Iusuf, quien viajaba cómodamente sentado sobre sus hombros, dándole voces de aliento: "¡Vamos, que ya llegamos!", "Falta poco, ¡fuerza!", "¡Preste atención! ¡No se vaya a caer justo ahora!". Cuando llegaron a la otra orilla, saltó a tierra y el anciano se desplomó agotado.

–¡Bien hecho –gritó Iusuf–, sabía que podría lograrlo!

–Mi espalda...

–¡No se queje, hombre! Que no fue para tanto, y dígame de una vez por todas dónde está la casa de Abdu Rahman.

El viejo, que no podía hablar del cansancio, se limitó a señalar una construcción que se veía a pocos metros de donde estaban.

–Muy bien –dijo mi padre contento.

Con paso firme caminó hacia la casa. Al llegar, lo primero que llamó su atención fue la modesta construcción. Esperaba encontrar una fastuosa mansión, un palacio de mil ventanas o al menos una vivienda acorde al poseedor del bastón de plata. Pensó que seguramente se trataba de una fachada para mantener lejos a los curiosos. Se acercó a la puerta y tocó con fuerza. Nadie contestó. Volvió a tocar más fuerte aún. Nada.

–Nadie va a responderle por más fuerte que toque.

Iusuf se dio vuelta y se encontró con el anciano.

–¿Por qué lo dice?

–Porque Abdu Rahman soy yo.

XIII. ENCUENTRO CON EL BASTÓN

Iusuf no salía de su asombro. El viejo campesino, débil, simple y humilde, se había transformado en el maestro Abdu Rahman. Era como estar frente a una persona totalmente distinta. Sin embargo, el cambio había ocurrido solamente en su voz, su mirada y su postura. Los gestos dubitativos eran ahora altivos, los movimientos temblorosos se habían vuelto firmes y la mirada, que antes parecía pedir permiso para existir, ahora imponía su voluntad y obligaba a bajar la vista.

Se encontraban en el salón principal de la casa. Ibrahim, quien al parecer era una especie de asistente y preparaba la comida en la cocina.

Mi padre y el sabio se encontraban sentados uno frente al otro. Abdu Rahman se había cambiado la ropa mojada. Iusuf, en cambio, tenía puesta aún su fastuosa túnica, que ahora solo servía para acrecentar lo incómodo de la situación. Cada segundo que pasaba sus nervioso crecían ¿Iba el anciano a castigarlo por lo mal que lo había tratado? ¿Corría peligro su vida? Pensó en pararse, empujar al maestro y salir corriendo. Pero, si bien la puerta de salida no estaba tan lejos, sabía que el gigantesco Ibrahim podía atraparlo y no quería empeorar más su situación. Las cosas no estaban saliendo como él esperaba. ¿Por qué Abdu Rahman no había revelado antes su identidad?

El anciano alquimista se limitaba a mirarlo directo a los ojos, por lo que se dio cuenta de que debía dar el primer paso.

–Maestro... lamento mucho lo que pasó... De haber sabido que era usted me hubiese comportado de otra manera...

–O sea que le rompes la espalda solo a los campesinos. Comprendo.

–Maestro, por favor, entiéndame...

Abdu Rahman no ablandaba su mirada e Iusuf se preguntaba si no estaría ya todo perdido. El anciano guardó silencio unos segundos.

–Te preguntarás por qué fingí no ser Abdu Rahman. Si supieras la cantidad de locos que buscan mis enseñanzas me comprenderías. Pensé que si lograba persuadirte de que abandonaras la idea de convertirte en mi discípulo nos ahorraría tiempo a los dos.

–Lo entiendo, pero mi caso es distinto al de otros. He venido de muy lejos para recibir sus enseñanzas, si me permite estudiar con usted le prometo que no lo defraudaré.

–A decir verdad, jamás en mi vida he echado a un discípulo, por lo general se van solos después de un tiempo. Si bien todavía tengo la espalda dolorida por tu culpa, y no creo que hoy vaya a tener una buena noche, lo cierto es que yo tampoco me porté bien contigo al mentir sobre mi identidad. Así que quédate con nosotros si eso es lo que quieres, te ofrezco techo, comida y mis enseñanzas, por supuesto. A cambio ayudarás en las tareas de la casa.

–No sé qué decir, gracias...

–Y ahora basta de palabras, vamos a comer algo liviano y a dormir de inmediato. No sé tú, pero yo he tenido un día agotador y pesado, especialmente pesado.

–Le pido nuevamente disculpas.

–Olvídalo, ya es parte del pasado. Ibrahim te mostrará el cuarto donde dormirás. Por favor, no esperes grandes comodidades, porque no las hay. Por mi parte, me retiro a descansar ya mismo, mañana me espera un día largo –y, haciendo una pausa, agregó–: el bastón de plata, por favor.

Iusuf creyó estar soñando. No sabía si realmente había oído lo que le pareció oír, o si los deseos que habitaban en su corazón se habían transformado, por algún extraño encantamiento, en palabras en boca del anciano.

–El bastón, por favor...

Sí, había escuchado bien. ¿Qué responder? ¿Acaso el viejo estaba al tanto de sus intenciones? Presa de la duda, Iusuf no abría la boca. Titubeaba sin pronunciar palabra alguna, recorría con su mirada el cuarto buscando una ayuda que sabía no iba a encontrar.

–Yo... no entiendo...

–¡El bastón, joven! Detrás de usted, alcáncemelo, por favor.

Siguió con la vista el lugar al que señalaba la mano extendida de Abdu Rahman. En esa esquina del cuarto, algo brilló en la primera y aún tenue oscuridad del atardecer. Un pequeño brillo rojo. Como si fuera el extraño ojo de un animal cíclope. Un ojo rojo incrustado en el mando de un bastón.

XIV. VIVIENDO CON ABDU RAHMAN

Esa noche Iusuf volvió a soñar. Se encontraba en una especie de ciudad en ruinas: columnas que no sostenían nada, acompañaban escaleras que no llevaban a ningún lugar. Iusuf perseguía una sombra. Corría sigiloso, persiguiéndola, escondiéndose detrás de las rocas. Veía la sombra a lo lejos. Cada vez que estaba por alcanzarla, la perdía, y luego la veía en otro lugar. Podía seguirla gracias a los golpes que la sombra daba contra el piso de piedra. Pero estos golpes, al mismo tiempo, creaban un eco que lo confundía. Su estómago crujía de hambre. Estaba contento porque sabía que tarde o temprano la iba a

atrapar. Entonces miraba el cielo y una luz lo enceguecía. No era el sol, pues no había sol, su lugar lo ocupaba el azufre rojo, que era la cabeza del hombre-bastón de plata y azufre rojo y que brillaba en el centro del firmamento, tiñendo todo de violeta. Al recuperar la vista, Iusuf se daba cuenta de que ahora era él el perseguido. Agazapado tras una piedra, temblaba, mientras sentía los golpes contra el piso de la sombra que se acercaban...

Lo había visto con sus propios ojos. Lo había tenido en sus propias manos. Ya no le cabía ninguna duda: el bastón de plata existía. Solo tenía que robarlo.

Los primeros días no fueron fáciles. Las actividades comenzaban bien temprano por la mañana, incluso antes del amanecer. Luego de realizar las oraciones de la mañana y tomar un desayuno frugal, Abdu Rahman se encerraba en su estudio. A Ibrahim y mi padre les tocaban las tareas domésticas, que estaban organizadas con mucho detalle. Ibrahim ponía todo su esfuerzo, dejando reluciente cada rincón de la casa. Era un verdadero fanático de la limpieza, capaz de ensañarse con una mancha en el piso durante horas. Luego de fregar los pisos, limpiar las paredes y acomodar las alfombras y almohadones, seguían con la preparación del almuerzo, que era realizado con la misma conciencia y dedicación. Al aburrimiento que significaba realizar esas tareas, se agregaba la poco amena compañía de Ibrahim, que no abría la boca ni para bostezar. Se limitaba a indicarle lo que pretendía que hiciera con movimientos de cabeza. Y eso que mi padre intentaba

por todos los medios comenzar una conversación para sacar información provechosa, pero también para que el tiempo pasase más rápido. No había caso. Supuso que el gigantesco negro seguiría ofendido por lo sucedido en el río, aunque se daba cuenta de que el silencio era algo habitual en él. Hubiese creído que era mudo de no haberlo escuchado hablar en el camino. Era tan eficiente en las tareas del hogar que por un momento pensó si Ibrahim no estaría preso de algún hechizo de Abdu Rahman. Quizás con sus poderes ocultos lo había convertido en el asistente perfecto.

Luego de la limpieza, Abdu Rahman salía de su estudio para darles una clase. El maestro hablaba de los más diversos temas e Ibrahim y mi padre oían en silencio. Si una mañana se dedicaba a los secretos de la gramática árabe, la siguiente se refería a los principios de la medicina, los cuatro humores en los que se divide el cuerpo humano, las cualidades de los metales o los distintos tipos de poesías. Otras veces, simplemente leía el Corán con voz profunda y armoniosa, convirtiendo los versículos del Libro Sagrado, en dulces melodías. Podía tratarse de un versículo de oscuro significado:

"Allah es la luz de los cielos y de la tierra. Su luz es como una hornacina en la que hay una lámpara; la lámpara está dentro de un vidrio y el vidrio es como un astro reluciente. Se enciende del aceite de un árbol bendito, un olivo, que no es oriental ni occidental, y su aceite brilla aún aunque no lo roce el fuego. Es luz sobre luz. Allah guía hacia su luz a quien Él quiere."

O de uno sencillo y de clara comprensión:

"Hemos ordenado al hombre el trato bondadoso a sus padres: su madre llevó en su vientre soportando fatiga tras fatiga, y durante dos años lo amamantó: así pues, sé agradecido con tus padres..."

Abdu Rahman los recitaba con la misma intensidad hipnótica. Iusuf prestaba atención, pensando que quizás en estos versículos encontraría claves para entender los misterios de la alquimia. En otras ocasiones, Adbu Rahman se dedicaba a contarles historias sobre los Profetas. Podía tratarse de la historia de Abraham y su hijo Ismael, del enfrentamiento de Moisés y el Faraón, del profeta José y sus maravillosos sueños o las menciones que hay en el Corán sobre la vida de Jesús.

No había un orden claro en la forma en que estos diferentes temas iban surgiendo, más bien Abdu Rahman hablaba de lo que tenía ganas cada mañana. Al mediodía, almorzaban los tres juntos en silencio. Apenas terminaban, Abdu Rahman se retiraba a descansar un par de horas e Ibrahim se dedicaba a la jardinería. Iusuf aprovechaba esos momentos de soledad para revisar la casa. Pronto descubrió que no había elementos de valor. Nada de oro, de plata o joyas a la vista: si Abdu Rahman poseía riquezas, las tenía bien guardadas.

Entre limpieza, oraciones y ascéticas comidas, pasaron los primeros días. Las visitas eran pocas y la casa permanecía en silencio, salvo dos días a la semana, en que un grupo de niños iba a aprender a leer y escribir con Abdu Rahman. Eran hijos de los vecinos de la zona, familias humildes, a quienes el anciano ayudaba sin pedir nada a cambio. También con cierta frecuen-

cia el maestro hacía las veces de médico de la comarca, cuando algún hombre o una mujer se acercaba a él buscando cura para sus dolores.

Muy pronto, Iusuf estuvo ya bastante aburrido de las clases de historia, filosofía o religión y decidió hacer hablar a Abdu Rahman del tema que le interesaba. Tomó coraje y pidió verlo en su estudio. Abdu Rahman le indicó que pasara. Lo primero con que se encontró fue con una enorme biblioteca. El anciano estaba tan concentrado en sus lecturas que ni siquiera levantó la vista. En un rincón del cuarto descansaba el bastón. Aunque quisiera evitarlo, la mirada de Iusuf se iba hacia el azufre rojo, que, desde el bastón de plata, parecía hacer guiños para llamar su atención. A simple vista lucía cómo un bastón normal, de madera de ébano con empuñadura y anillos de plata. Y sin embargo, había algo raro en él, pues esa piedra, roja como la luna que ciertas noches había visto en el desierto, no se asemejaba a ninguna otra joya. Lo más extraño es que parecía estar en movimiento, como si hubiera algo escondido en su interior, algo con vida propia...

–¿Me estás escuchando?

Miró al anciano y descubrió que le había hablado. Tan absorto estaba en el bastón que no lo había oído.

–Discúlpeme... estoy algo distraído...

–Pues mucho no voy a poder enseñarte si ni siquiera me prestas atención. Te pedía que me acercaras la bolsa de hierbas que tienes a la derecha.

Se la acercó y al hacerlo pasó a unos pocos centímetros del bastón.

–¿Querías hablar conmigo?

–Sí. Estoy deseoso de aprender y muy agradecido de que me haya aceptado como discípulo. Pero no quisiera perder el tiempo con conocimientos secundarios...

–¿Conocimientos secundarios?

–Lo que quiero, lo que realmente anhelo, es conquistar el objetivo máximo de todo alquimista, el sueño que ha inspirado a quienes nos antecedieron: me refiero a la búsqueda de la piedra filosofal, el azufre rojo. Eso es lo que me gustaría que me enseñara.

Fue solo un instante, una fracción de segundo, durante el cual pudo ver claramente que, al nombrar el azufre rojo, Abdu Rahman dirigía su mirada hacia el bastón. Sin embargo, inmediatamente después, el anciano lanzó una sonora carcajada.

–¿Puedo saber de qué se ríe? –preguntó Iusuf confundido.

–Discúlpame, es que a veces eres realmente gracioso. ¡El azufre rojo!

–No entiendo...

–Por supuesto que no entiendes. ¡Eso es lo gracioso! Vaya... qué manera de reír... Todo a su tiempo. Ahora es tarde, es mejor ir a descansar...

Bastante desanimado, Iusuf se retiró. Una vez en su lecho, intentó dormir. Pero la risa de Abdu Rahman no abandonaba sus oídos.

XV. EL QUE LE REZA A UN BASTÓN

Una mañana, Abdu Rahman anunció que debía viajar a Sevilla para visitar a su hermano. Les ofreció a Iusuf e Ibrahim que lo acompañaran. Mi padre aceptó de inmediato: no parecía tener muchas posibilidades de robar el bastón dentro de la casa, quizás en el camino surgiera alguna buena oportunidad.

Partieron al día siguiente. Mientras marchaban, Iusuf seguía sorprendiéndose ante la generosa naturaleza de la región, donde los cultivos más variados crecían con facilidad. Le fascinaba la cantidad de flores, de todos los tipos y colores, que destacaban en los muchos jardines.

Detuvieron la marcha para realizar la oración del mediodía y comer algo. Desde que se había convertido en su discípulo, Iusuf rezaba junto a Abdu Rahman e Ibrahim cada una de las cinco oraciones diarias.

–Veo que ahora sí rezas... –comentó Abdu Rahman dirigiéndose a mi padre al terminar la oración.

–Por supuesto.

–Pero recuerdo que, cuando nos creías campesinos, no aceptabas rezar con nosotros...

–Oh, es que no sabía quién era usted, si no hubiera aceptado.

–¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso me rezas a mí?

La pregunta del maestro descolocó a Iusuf. Sin saber qué responder, guardó silencio.

–Mira –dijo Abdu Rahman–, no busco hacerte sentir mal. ¿Conoces la historia que el Corán narra al respecto del profeta Abraham, padre de judíos, cristianos y musulmanes?

Como Iusuf dijo que no con un movimiento de cabeza, el maestro Abdu Rahman comenzó a recitar con voz melodiosa los versículos coránicos del profeta Abraham.

"Cuando cayó sobre él la noche, vio una estrella y dijo: este es mi Señor. Pero cuando la estrella desapareció, dijo: no amo lo que se desvanece. Y luego vio que salía la luna y dijo: este es mi Señor, pero al ver que también desaparecía, dijo: no es mi Señor; si mi Señor no me guía seré de los extraviados. Y luego vio el sol naciente, y dijo: este es mi Señor, pues es el mayor; pero luego el sol también se ocultó. Entonces dijo: diri-

jo mi rostro a Quien creó los cielos y la tierra, ese es mi Señor, y no seré de los que asocian."

–Entonces, Iusuf –dijo Abdu Rahman cuando terminó de recitar–, ¿a quién rezas cuando rezas? ¿A quién le pides? ¿A quién te entregas? ¿Le rezas a las estrellas, a la luna, al sol? ¿A los animales, a las montañas, a la tierra? ¿Le rezas a Bagdad, a Damasco, a Córdoba? ¿A la fama, a la riqueza, a la sabiduría? ¿A los hombres, a la cultura, a la religión? ¿Te rezas a ti? ¿Me rezas a mí? ¿Le rezas a este bastón?

Abdu Rahman alzó el bastón de plata y lo puso frente a Iusuf.

–Tú conoces bien la importancia que tiene este bastón –continuó Abdu Rahman, ante el asombro de Iusuf– cualquiera que se acerque a mí sabe que este no es un bastón como cualquier otro. Y sin embargo, ¿merece este pedazo de madera que nos arrodillemos ante él? Piénsalo: ¿merece por eso que lo adoremos? ¿A él te vas a confiar? ¿En él vas a depositar toda tu fe, todas tus esperanzas, tus miedos, tus anhelos?

Asustado y creyéndose descubierto, mi padre esperaba lo peor. Abdu Rahman sonrió y apoyó una mano en su hombro.

–¡No sufras, Iusuf! No quiero hacerte sentir mal, reza con nosotros todas las veces que quieras. Pero piensa, eso es todo lo que te pido, amigo, que pienses.

La marcha continuó en silencio el resto del día. Iusuf iba un poco más atrás que el maestro e Ibrahim, concentrado en sus pensamientos. Se sentía mal y no sabía bien por qué. ¿Era porque el anciano había descubierto

su interés en el bastón? Eso no significaba que sospechase que iba a robarlo ¿"Pedazo de madera" lo había llamado? ¿Cómo podía hablar así del bastón de plata? En ese momento, rodeado por extrañas flores y exuberantes cultivos, se sintió fuera de lugar. Y por primera vez, se preguntó si su búsqueda tenía sentido.

XVI. LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEZQUITA

Ya cerca del atardecer, se cruzaron con un grupo de personas que trabajaba arreglando una mezquita. Abdu Rahman quiso saber de qué se trataba. Le explicaron que, por las fuertes lluvias de los días anteriores, se había derrumbado una pared y corría riesgo de desmoronarse el edificio entero. Era una mezquita humilde, frecuentada solo por viajantes y campesinos. De inmediato, Abdu Rahman sugirió sumarse a los trabajadores y así lo hicieron, para enojo de Iusuf, que odiaba trabajar gratis. Luego de unas horas de mucho esfuerzo, llegó la noche. Los vecinos se dispusieron a dormir en el lugar para continuar la faena a primera hora de la mañana. Para comodidad de Abdu Rahman, armaron una

pequeña tienda donde pudiese descansar mientras el resto dormía a cielo abierto. Ibrahim, al igual que los demás trabajadores, se tendió a descansar bajo un árbol. Iusuf siguió atentamente los lugares en los que se acostaba cada uno, pues podía tratarse de una gran oportunidad para robar el bastón. Por primera vez, Ibrahim estaba lejos del anciano, quien no compartía la tienda con nadie. La tienda del maestro estaba armada justo enfrente de la mezquita y bastante lejos de donde descansaban los demás. Iusuf fingió dormir, y cuando la noche se hizo profunda, salió sigilosamente, pasando por encima de los hombres dormidos, teniendo cuidado de no despertarlos. Pensaba tomar el bastón y escapar de inmediato. Con suerte, descubrirían su ausencia en la mañana. En medio de la oscuridad, llegó por detrás hasta la tienda del maestro. Cuando la rodeó, se encontró con una desagradable sorpresa: Abdu Rahman estaba despierto, sentado en la puerta.

–¿Qué haces? –dijo al verlo.

Tenía que inventar rápido una excusa si no quería que el viejo descubriera sus intenciones.

–No podía dormir.

–A mí también me cuesta. ¿Y por qué viniste hasta aquí?

–Pensé adelantar algunos trabajos... para hacerles más liviano el día de mañana a los demás...

–¡Buena idea!

Inmediatamente Iusuf se puso a trabajar en la construcción de la pared, bajo la mirada atenta del anciano. Pasaron dos horas y decidió volver a su lugar de

descanso. En silencio, dejó que fuera pasando la noche mientras pensaba qué hacer. ¿Seguiría Abdu Rahman despierto o finalmente se habría acostado? Valía la pena volver a intentarlo, lo más probable era que el anciano estuviese profundamente dormido. Con cautela, se acercó a la tienda.

–¿Sigues sin poder dormir? –preguntó Abdu Rahman al verlo llegar.

–Sí... así es.

–¿Volverás a trabajar, entonces?

–Eso creo. Para aprovechar el tiempo.

–Muy bien, es una gran idea.

–Mi padre volvió a trabajar en la pared. Cada tanto, miraba al anciano y le sonreía, aunque para sus adentros le deseaba la peor de las muertes. Decidió que no tenía sentido volver a acostarse y siguió trabajando mientras esperaba el momento en que Abdu Rahman finalmente se durmiera. Pero ese momento nunca llegó. Con los primeros rayos de la mañana, los hombres se levantaron y descubrieron con sorpresa que el trabajo estaba terminado. A un costado de la obra, Iusuf dormía totalmente agotado.

Algunos pensaron que lo sucedido era una especie de milagro y fueron a agradecerle a Abdu Rahman, que con su sola presencia había solucionado el problema. Pero Abdu Rahman les aclaró que él no tenía nada que ver.

–A este hombre deben agradecerle –dijo Abdu Rahman señalando a mi padre–, pues ha pasado toda la noche trabajando.

Los vecinos se acercaron a agradecerle. Al verse rodeado, estuvo a punto de empezar a repartir golpes y salir corriendo, pero entonces se dio cuenta que se aproximaban a él con sonrisas y palabras afectuosas. No pudo evitar sentirse sorprendido y gratificado ante esas sinceras muestras de cariño, al mismo tiempo que lo invadía cierto pudor.

Después del desayuno grupal, continuaron con el viaje. Mientras los tres hombres retomaban la marcha, el sol del mediodía comenzaba a hacerse presente. Caminaban en silencio. Cada tanto Abdu Rahman le dirigía a Iusuf una sonrisa de aprobación. Y bajo el sol ardiente y el calor de la tarde, mi padre se sintió bien por primera vez.

XVII. SEVILLA Y LA HISTORIA DE AL-GAZZALI

La ciudad de Sevilla apareció ante los ojos de Iusuf como una prolongación del Ualad Kabir, como si el río se hubiera condensado y tomado forma arquitectónica. Sintió que los magníficos edificios, los puentes, las calles, las torres y minaretes tenían en su diseño fluidez acuática.

Antes de visitar a su hermano, Abdu Rahman quiso pasar a saludar a un viejo amigo, que enseñaba en una casa de estudios ubicada en el centro de la ciudad. El amigo de Abdu Rahman los recibió con gran alegría y de inmediato los dos maestros comenzaron una apasionada charla sobre filosofía,

ciencia y religión. Ibrahim se puso a descansar en un rincón del gran salón. Iusuf se acercó a un grupo de estudiantes que se encontraban sentados en ronda. Discutían sobre ciertos pensadores que algunos defendían y otros denostaban. Los nombres de Al-Kindi, Al-Razi e Ibn Sina decían poco y nada a los oídos de Iusuf. Se hablaba especialmente de Al-Gazzali, a quien todos consideraban un gran sabio.

–¿Y tú qué piensas de Al-Gazzali? –preguntó uno de los estudiantes a Iusuf.

–Oh, es un gran sabio...

–¿Estás de acuerdo con lo que postula en su escrito *Maqasid al falasifa?* –agregó otro.

–Por supuesto...

–¿Y de Al-Kindi? –sumó un tercero.

–Bueno... es correcto...

Los estudiantes lo observaron un poco extrañados. Uno de ellos, que parecía ser una especie de líder del grupo, ofreció a Iusuf una amplia sonrisa mientras le decía:

–Mañana Al-Gazzali estará aquí dándonos una clase. ¿Por qué no vienes y lo conoces en persona?

–Encantado –respondió Iusuf–. Será para mí un gran honor.

No bien pronunció estas palabras, los estudiantes comenzaron a reír con ganas. Mi padre observaba las sonoras carcajadas sin entender cuál había sido su error.

–Eres un ignorante –dijo el estudiante líder, luego de dejarlo sufrir unos segundos–. ¡Al-Gazzali lleva muerto más de un siglo!

Por exceso de confianza había cometido un gran error. Los estudiantes aumentaron el sonido de sus risas y esto hizo que se acercara Abdu Rahman.

–¿Qué sucede? –preguntó el maestro.

–Discúlpenos, maestro Abdu Rahman –respondió el estudiante que se había burlado de Iusuf–, nos reíamos de este hombre que pretende hacerse pasar por uno de nosotros, y ni siquiera sabe quién fue Al-Gazzali.

–¿"Uno de nosotros" has dicho? –contestó Abdu Rahman–. Y dime, ¿quién forma ese "nosotros" tan exclusivo que mencionas? ¿Tú y tus compañeros? ¿Yo también?

–Me refiero a los que estamos en la búsqueda de la sabiduría...

–"La búsqueda de la sabiduría" ¡Qué bonito título! Ya que tú sí sabes quién fue Al-Gazzali, te interesará saber que tengo una hermosa historia de Al-Gazzali y la búsqueda de la sabiduría para contarte. De joven, Al-Gazzali recorría la tierra buscando a los más grandes maestros para estudiar con ellos. Solía tomar nota de todo lo que aprendía en unos cuadernos que, con el tiempo, se fueron haciendo más y más numerosos. Cuando viajaba, los guardaba en una gran bolsa. Un día, yendo a visitar a un nuevo maestro, su caravana fue asaltada por ladrones. Uno de ellos descubrió a Al-Gazzali intentando ocultar esta enorme bolsa. "¿Qué llevas ahí?" preguntó el ladrón. Al-Gazzali no respondió, pero sujetó la bolsa con tal fuerza que el ladrón no dudó de que se trataba de algo valioso. Se arrojó sobre Al-Gazzali, pero este se dispuso para la pelea.

Tuvieron que sumarse los otros para vencerlo. Luego de una encarnizada lucha, lograron arrebatarle la bolsa. Cuando la abrieron, contemplaron con decepción los cuadernos de notas. El ladrón que había luchado cuerpo a cuerpo con Al-Gazzali, lo increpó furioso: "¿Por esto luchabas al punto de poner en riesgo tu vida?". "¡En esos cuadernos está todo mi conocimiento!" respondió Al-Gazzali. "¿Y de qué te sirve un conocimiento que se carga en una bolsa y que cualquiera puede robarte?", contestó el ladrón. En ese momento, algo extraño le sucedió a Al-Gazzali, comprendió que había estado perdiendo el tiempo, que la sabiduría que buscaba no podía guardarse en notas y cuadernos. Por eso, muchos años después, cuando alguien le preguntaba por los maestros con los que había estudiado, él respondía: "Mi mayor maestro ha sido un ladrón de caminos".

Los estudiantes, en silencio, bajaron la vista sin atreverse a enfrentar a Abdu Rahman.

–¿Hermosa historia, no es cierto? –continuó el anciano–. En cuanto a mi joven acompañante, Iusuf, no voy a negar que es bastante ignorante. Pero tiene algo a su favor: a diferencia de ustedes, es un hombre de buen corazón, humilde y bien intencionado. Y si valoran en algo mi sabiduría, sepan que confío en él plenamente.

Camino a la casa del hermano de Abdu Rahman, Iusuf meditaba en lo sucedido. Abdu Rahman lo había defendido frente a los estudiantes. El engaño estaba resultando. "Confío en él plenamente", había dicho el maestro. Y sin embargo, mientras contemplaba la sonrisa amable del maestro, a Iusuf lo invadió la tristeza.

XVIII. LUCHA

Llegaron a la casa del hermano de Abdu Rahman y los recibió una niña de apenas diez años, que se abalanzó a los brazos del maestro.

–¡Tío! –gritó contenta.

–Iusuf, te presento a mi sobrina, Salimah.

Sonrió Iusuf a la pequeña, tratando de parecer simpático, pues pensó que así debían comportarse los adultos con los niños. Salimah no le devolvió la sonrisa. Se limitó a mirarlo con desconfianza, para luego preguntar:

–¿Y quién es él?

–¡Salimah! –la retó Abdu Rahman–. Deberías ser más educada…

–Es que su cara no me gusta –dijo la pequeña.

Mi padre mantuvo la sonrisa y lo que él consideraba su cara más simpática, pues no se le ocurría qué otra cosa hacer. El que también sonreía era Ibrahim, pero solo porque le divertía la incomodidad de Iusuf. El hermano de Abdu Rahman, llamado Abdul Nasr, los recibió enseguida con gran alegría.

Luego de acomodarse, cenaron todos juntos. Entre deliciosos platos y una charla placentera, transcurrió buena parte de la noche. Abdul Nasr era un hombre locuaz, gran anfitrión y poseedor de un sinfín de entretenidas anécdotas. Salimah, desde la otra punta de la mesa, se dedicó a molestar a Iusuf, sacándole la lengua, discutiéndole cada vez que abría la boca, diciendo que Bagdad de seguro era una ciudad horrible, que no tenía cara de discípulo de su tío y otras cosas por el estilo. Abdul Nasr pidió disculpas por el comportamiento de la niña. Mi padre se hubiese ofrecido gustoso a enseñarle buenos modales, pero se consolaba pensando que la estadía no duraría demasiado. Al concluir la cena, se dispuso todo lo necesario para que pasaran la noche.

A Iusuf le costaba conciliar el sueño. En la oscuridad, meditaba en su intención de robar el bastón. Se daba cuenta de que algo en él se estaba ablandando, comenzaba a sentir cariño por Abdu Rahman. El anciano confiaba en él y lo trataba con afecto. Sin embargo, ¿iba a perder la posibilidad de convertirse en el hombre más poderoso del mundo solo porque el viejo le resultaba simpático?

Esa noche soñó que caminaba por un hermoso valle. Buscaba a Abdu Rahman y no lo encontraba por ningún lado. Finalmente, en un jardín rodeado de flores, encontraba al maestro leyendo. Al acercarse notaba que no estaba solo. Detrás se encontraba el hombre-bastón de plata- azufre rojo. Sostenía una enorme piedra sobre la cabeza del anciano. Iba a matarlo. Iusuf quería advertirle, pero en ese momento descubría que no tenía voz. Entonces saltaba sobre el hombre-bastón y comenzaba a luchar con él cuerpo a cuerpo. Pero el hombre-bastón tenía un arma: en su mano llevaba ¡el bastón de plata! Por un momento el sueño se detuvo y todo se concentró en el bastón. Cuando estaba con Abdu Rahman nunca podía detenerse a observar el bastón, hacerlo hubiese sido demasiado sospechoso. En el sueño podía apreciarlo en detalle todo el tiempo que quisiese. Y realmente valía la pena, era hermoso. Pero entonces el bastón volvía a moverse y lo golpeaba fuertemente en las costillas, manejado por la mano del hombre-bastón, y luego le pegaba en el hombro y otra vez en la rodilla...

Se despertó con la sensación de que si no resolvía el asunto pronto terminaría por volverse loco. Ibrahim, como todas las mañanas de su vida, se encontraba limpiando; probablemente nadie se lo había pedido, pero él, al parecer, no podía evitarlo. Abdu Rahman y su hermano conversaban en la sala principal. Karimah, la esposa de Abdu Nasr, había salido temprano. En el cuarto contiguo a la sala principal, apoyado contra una pared, se hallaba el bastón de plata. Abdu Rahman

estaba tan concentrado en la charla con su hermano que lo había olvidado. Por primera vez, Iusuf se encontraba solo frente al bastón. Nadie lo vigilaba. Ese era el momento que había estado esperando, no se iba a presentar otra oportunidad como esa. Tomó el bastón y salió corriendo. Se dirigió hacia la parte trasera de la casa y encontró una puerta por donde escapar. Corrió a través de los árboles. Finalmente lo había logrado. El bastón era suyo.

Pero entonces oyó gritos. Gritos agudos y desesperados. A medida que corría, los gritos se hacían más fuertes en vez de aquietarse. Atrás había quedado la casa, si volvía allí, lo atraparían; adelante, los misteriosos gritos. Siguió corriendo.

Llegó a un descampado y la vio: la pequeña Salimah se encontraba rodeada por tres feroces lobos. Era ella la que gritaba con desesperación.

–¡Auxilio! ¡Ayuda! ¡Papá!

La niña lloraba asustada mientras los lobos cerraban el círculo a su alrededor. Iusuf no lo pensó dos veces: con el bastón como arma, se lazó a pelear con los lobos. Con un contundente golpe en la cabeza derribó al primero mientras el segundo le clavaba los dientes en la pierna. De revés, pudo pegarle en plena cabeza, justo cuando estaba por saltarle encima. Al tercero le dio con tal fuerza en las costillas que el bastón casi se queda clavado en el animal. Los lobos huyeron asustados. Cuando Ibrahim, Abdul Nasr y Abdu Rahman, advertidos por los ruidos de la pelea, llegaron al lugar la niña, muy conmocionada todavía, explicó lo que

había pasado. Contó cómo ella se había alejado un poco de la casa, distraída en sus juegos, y los lobos la habían rodeado para a atacarla, y cómo justo en ese momento Iusuf había llegado para salvarla.

El padre de la niña no tenía suficientes palabras de agradecimiento: abrazaba a Iusuf, besaba sus manos y lo llamaba "hijo". Abdu Rahman también lo felicitó por su valentía, hasta que vio en sus manos el bastón de plata.

–¿Qué haces con el bastón? –preguntó.

–Yo... yo estaba en la casa y oí los gritos de la niña... como no tenía ninguna otra arma a mano, tomé su bastón y lo usé para luchar contra los lobos...

Abdu Rahman contempló unos segundos a mi padre, mientras este se preguntaba si finalmente había sido descubierto. Pero luego de un momento de reflexión, el anciano sonrió satisfecho.

–Bien hecho, Iusuf. Bien hecho.

XIX. DE NUEVO EN CÓRDOBA

Cuando volvieron a Córdoba continuaron con la rutinaria vida de todos los días: limpiar, estudiar, comer y dormir. Pero a Iusuf estas actividades ya no le molestaban tanto como antes. Seguía sin entusiasmarle la limpieza; disfrutaba, en cambio, las clases de Abdu Rahman. No se preguntaba ya por qué el anciano arremetía un día con un tema y al siguiente con otro. Aceptaba cada mañana lo que el maestro tuviera para ofrecerle y las más diversas cuestiones ahora le resultaban interesantes: le fascinaban las dudas existenciales y los planteos filosóficos, disfrutaba descubriendo las maravillas del

cuerpo humano, se interesaba en las categorías del mundo mineral, se deslumbraba al escuchar hablar de las estrellas.

Para mi padre, los días y las noches se volvieron opuestos exactos: durante el día estudiaba y disfrutaba de la compañía de Abdu Rahman; por las noches fantaseaba con robar el bastón.

Pasaron unos meses así, y no podemos saber cuántos más hubiesen pasado si no hubiese aparecido un nuevo cambio de rumbo en la historia de mi padre. Quizás bastante tiempo más, pues si bien estaba decidido a robar el bastón de plata, como la estaba pasando bien en compañía de Abdu Rahman, siempre se decía que lo haría más adelante, que ya surgiría una oportunidad mejor, y de esa manera continuaba tranquilo junto al anciano y el bastón.

Pero una mañana, Abdu Rahman suspendió su habitual clase: un fuerte dolor en el pecho no le permitía salir de la cama. Se encontraba bastante enfermo. Abdu Rahman era un hombre mayor; como con el correr de los días no mejoraba, decidieron consultar a un viejo colega suyo, considerado el mejor médico de Córdoba. Para buscarlo, Ibrahim debía viajar a la ciudad y ausentarse unos días de la casa; hasta su regreso, Iusuf se ocuparía de atender al maestro.

Ibrahim estaría ausente un par de días. Abdu Rahman, postrado en la cama. Mi padre ya no tenía excusas.

XX. EL ROBO DEL BASTÓN DE PLATA

Sobre su lecho, agonizando, se encontraba Abdu Rahman. Iusuf había visto morir ya a tres personas: al pequeño Malik cuando eran apenas dos niños; al viejo Ahmad, su compañero de prisión, y al Sheij Iahia, en el desierto. Intuía que al maestro no le quedaba demasiado tiempo. Se le notaba en el tenue color de la piel, en el temblor de la mirada, en la forma en que su cuerpo se estiraba, como buscando salir de sí mismo. Abdu Rahman estaba acostado en su cama; acostado en el piso, estaba el bastón. La mirada de Iusuf iba de uno a otro. Quizás temía que el estado de Abdu Rahman se transmitiera al bastón.

Pero no. El azufre rojo brillaba con más fuerza que nunca, atizaba su deseo, puro fuego que quemaba su conciencia, y no lo dejaba pensar. Ya estaba a punto de amanecer. Realmente debía quedarse junto al anciano, no era prudente dejarlo solo hasta que Ibrahim regresara. Por otro lado, seguramente no volviera a presentarse una oportunidad mejor. Tomó el bastón, lo tuvo entre sus manos y lo observó en detalle. Abdu Rahman dormía respirando con dificultad. Antes de salir, le dio un beso en la frente al anciano.

Caminó bajo la luz de la luna durante horas. Apenas miraba el camino, sus ojos no se apartaban del bastón. Tanto tiempo lo había deseado y ahora finalmente era suyo. Se dio cuenta de que estaba demorando lo más posible el momento de probar sus poderes.

Cuando ya se había alejado bastante de la casa, notó que había tomado el mismo camino que años atrás hiciera con Abdu Rahman e Ibrahim, cuando los creyó simples campesinos. Allí estaba el río, que ahora era un hilo de agua, donde Abdu Rahman había tenido que cargarlo sobre sus espaldas. Y más allá, la cueva en donde habían pernoctado. Entró. Era un buen lugar para pasar la noche antes de dirigirse a la ciudad. En la oscuridad, sonrió. Recordaba la conversación que había tenido con Abdu Rahman en ese mismo lugar, cuando el anciano intentó asustarlo describiéndole lo terrible que era el maestro Abdu Rahman. "Viejo mañoso", pensó. Parecía que había pasado una vida entera desde aquel momento.

El bastón de plata. El azufre rojo. La piedra filosofal. Contempló nuevamente la extraña piedra y se le hizo un mar rojo encerrado en un cristal. ¿Por qué ahora que lo tenía en sus manos sentía que eso no era lo que había estado buscando? Volvió a observar al bastón como si fuera algo extraño, distinto a lo que había anhelado. ¿Qué iba a hacer él con semejante poder? ¿Realmente era lo que quería? ¿Ser el hombre más rico del mundo? La idea, que siempre lo había fascinado, de repente le pareció pesadillesca. Pudo ver lo que sería su vida cargando con un peso semejante, supo que él no era el indicado para manejar tanto poder, que nada quería menos que eso y vio al bastón como un castigo y no una bendición. Al comprender esto, el bastón cayó de sus manos. A sus pies había un pequeño charco en donde Iusuf se reflejaba de cuerpo entero. Allí fue a dar el bastón. Entonces sucedió algo extraño. El reflejo de Iusuf se tiñó con el brillo del bastón. Vio su figura brillando, con el cuerpo plateado y la cabeza de color rubí. Frente a la imagen que le devolvía el charco, Iusuf sonrió. Y luego comenzó a reír a carcajadas. En ese instante, Iusuf comprendió que ese era el bastón de plata que siempre había estado buscando.

XXI. LA MUERTE DE ADBU RAHMAN

Cuando volvió a la casa, Ibrahim aún no había regresado. Abdu Rahman seguía durmiendo. Apoyó el bastón donde lo había tomado y se fue a descansar. Por primera vez en mucho tiempo, durmió tranquilo.

Cuando Ibrahim volvió con el médico, Abdu Rahman estaba ya muy desmejorado. La enfermedad que le aquejaba no era superable ni con el más potente de los remedios: la vejez ganaba una nueva batalla.

Sin poder moverse de la cama, Abdu Rahman tenía, sin embargo, fuerzas suficientes para mantener una conversación, y todos los días pedía a Iusuf que le leyera

un poco. Su vista no le permitía ya la compañía de los libros y extrañaba el placer que le daban. Las lecturas eran continuamente interrumpidas por el anciano, que discutía con los autores leídos como si estuvieran presentes; a veces apoyando lo que estaba escrito, otras enfadado ante lo que consideraba incorrecto, otras ampliando conceptos con ideas propias. Mi padre aprendió mucho en esos días. Trataba de pasar el mayor tiempo posible en compañía de Abdu Rahman. Nada le interesaba más que las palabras del maestro. Y cuando no estaba cuidándolo, se dedicaba por cuenta propia al estudio y a la investigación. Esas ideas que sacudían la imaginación y ampliaban su visión del mundo, haciendo que las cosas más simples, una mariposa, una rama, un insecto, una gota de lluvia, se convirtieran en universos, lo habían conquistado por completo. Finalmente, había encontrado su lugar en el mundo.

Una mañana distinta a las demás, de cielo ceniciento que anunciaba el otoño, mi padre se levantó preocupado. Ibrahim le avisó que el maestro quería hablar con él. De inmediato fue al cuarto de Abdu Rahman. Lo encontró muy débil, pero su semblante conservaba la frescura y alegría que siempre lo había caracterizado. Junto a él reposaba el bastón de plata.

–Iusuf... –dijo Abdu Rahman, mientras con esfuerzo tomaba su mano–, hace tiempo ya que estás a mi lado... más del que creí que ibas a durar. Y no solo te has quedado conmigo, sino que te has esforzado en mi cuidado. Has demostrado ser un hombre constante en

el estudio y de buen corazón. A partir de hoy, serás el nuevo portador del bastón.

Abdu Rahman soltó la mano de Iusuf y tomó el bastón de plata, se lo entregó. Mi padre posó la vista en el bastón como si fuera algo extraño, algo nunca antes visto. Recordó al viejo Ahmad en la cárcel, despertando en la noche obsesionado con el bastón; al mono-espejo, con su falso bastón de plata y sobre todo al hombre-bastón de plata y azufre rojo, que tantas veces se le había aparecido en sueños. Recordó los lugares que había visto durante su viaje, el desierto, el mar, la isla; lo que sintió al ver por primera vez Córdoba y Sevilla. Pero más aún, recordó el tiempo pasado con Abdu Rahman. Cada uno de los días en su compañía, cada palabra, cada gesto. Recordó también las tramas, los planes, los pensamientos y anhelos que el bastón había despertado en él. Recordó el odio, recordó la codicia.

Cuando la primera lágrima golpeó el azufre rojo, supo que estaba llorando.

–Yo no lo merezco –dijo–. Y fueron palabras que surgieron desde lo más profundo de su ser.

–Claro que sí –respondió Abdu Rahman con dulzura.

–No merezco este bastón... no merezco ni siquiera su compañía.

–Eso no es cierto...

–Ahora todo ha pasado y dejé atrás mi viejo anhelo, pero lo cierto es que yo... lo he engañado... desde el primer momento. No soy más que un ladrón, nunca

busqué otra cosa que robarle el bastón de plata... Todo este tiempo, eso era lo único que buscaba, robarle el bastón. ¿Comprende? Por eso me quedé con usted, por eso vine desde Bagdad, fue todo una trampa, solo quería el bastón.

Abdu Rahman lo contempló en silencio durante unos segundos.

–¿Te crees que soy estúpido? Por supuesto que siempre supe que eras un ladrón...

–¡Pero cómo...!

–¡Si era obvio, Iusuf! Ya antes de que llegaras supe que un joven desconocido proveniente de Bagdad estaba buscándome y no tuve dudas de que debía tratarse de un ladrón. Mi plan, al interceptarte en el camino, era persuadirte de abandonar tus intentos. Pero algo me llamó la atención en ti. Al principio no podía explicarme bien qué. Como confío en mis intuiciones, decidí correr el riego de dejar que te quedaras con nosotros. Sabes, no ha sido fácil para mí ser el custodio del bastón de plata. Pero al volverme viejo, me he encontrado con una dificultad aún mayor: elegir un sucesor. Ibrahim nunca aceptaría asumir una responsabilidad semejante, él es feliz manteniéndose lejos de todos. Y los demás discípulos que he tenido, hombres de conocimiento, sabios todos ellos de grandes palabras, pero sin experiencia en tratar con su alma. En cambio tú, Iusuf, ¿cuánto tiempo llevas luchando contra ti mismo? ¿Cuántas noches de desvelo, tu alma se balanceó entre el bien y el mal? Y puede que hayas querido ser un ladrón, un estafador, hasta un asesino: lo cierto es que

has cuidado de este pobre anciano y has construido una mezquita tú solo y has vencido a esos lobos y has salvado a mi sobrina ¿Te das cuenta? Quisiste ser un hombre malvado y no lo lograste. ¿Qué mayor prueba puedo tener de tu buen corazón?

–Pero yo... hasta pensé en asesinarlo...

–No lo dudo. Pero por suerte para mí, como criminal eres bastante mediocre.

Abdu Rahman tomó con cariño la mano de mi padre.

–Escúchame bien, Iusuf. En realidad los dos sabemos cómo son las cosas: es el bastón quien elige, y te ha elegido a ti y te ha guiado hacia mí. Yo no sobreviviré a esta noche, de modo que el bastón será tuyo, lo quieras o no. Si lo tomas como un ladrón o te conviertes en su guardián, es tu decisión. De mi parte, solo puedo decirte lo único de lo que estoy seguro: eres un buen hombre, y eso no podrás cambiarlo.

Y en aquel momento, el proceso que había comenzado en la caverna mientras contemplaba su propio reflejo en el charco llegó a su fin. Y como si él mismo fuese un objeto que se convierte en oro, Iusuf sintió que transmutaba, que se transformaba en algo distinto de lo que era o, al menos, de lo que siempre había creído ser. Y supo que más allá de su voluntad, él era el auténtico guardián del bastón de plata. Siempre lo había sido y siempre lo sería.

Abdu Rahman dedicó el resto de la noche a explicarle todo lo que debía saber sobre el bastón. Con los primeros rayos del día, Iusuf se acostó a descansar.

Ambos sabían que el fin estaba cerca. Mientras velaba por el anciano, que respiraba cada vez con más dificultad, trataba de contenerse pero no podía dejar de llorar. Con esfuerzo, el maestro estiró la mano hasta tomar de nuevo la suya.

–Bueno, ya está bien –dijo–. Mira como eres: Te tengo que estar consolándote, cuando el que se está muriendo soy yo.

Los dos rieron.

Cerca de la medianoche, acompañado por mi padre e Ibrahim, Abdu Rahman falleció. Fue enterrado sencillamente, pero con todos los honores y el amor incondicional del pueblo de Córdoba. Al año siguiente, en el mismo silencio que siempre había vivido, fallecía Ibrahim. Mi padre se quedó en la ciudad y con el tiempo formó una familia. Poco a poco y sin buscarlo, fue convirtiéndose en uno de los hombres más sabios, respetados y queridos de todo Al-Andalus. El bastón de plata, único testigo de su asombrosa vida, siempre lo acompañó.

XXIV. FINAL DE ESTA HISTORIA

Esta es la historia de mi padre, tal cual él me la contó. Y fue él quien, antes de morir, hace mucho tiempo ya, me pidió que la escribiera. Supongo que quería irse de este mundo con todas sus cuentas saldadas. Se llamó a sí mismo ladrón, criminal y estafador, pero quienes lo conocimos, sabemos que fue un gran hombre. ¿Y el bastón de plata? Reposa a mi lado mientras escribo. Desde que falleció mi padre, me ha tocado la dura tarea de custodiarlo. Cómo me convertí yo en el guardián del bastón es historia para otro día. Sé que no he explicitado en ningún momento cuáles son los poderes exactos del bastón de plata. Mejor así.

Cuentan los que saben, la historia de un hombre anciano y muy sabio, que una mañana se levantó de la cama y encontró que en el jardín de su casa habían crecido todo tipo de verduras y frutas, siendo que él no había tirado ni una semilla. Entonces los vecinos se juntaron en la puerta y, asombrados, dijeron: "¡Esto es un milagro!", "Sin duda, esta huerta extraordinaria, que ha crecido inesperadamente, es un signo de la santidad de este hombre". Todos querían abrazar y felicitar al sabio. Sin embargo, cuando fueron a verlo, lo encontraron llorando apenado. Le preguntaron: "¿Cómo es que lloras si Allah te ha premiado de esta manera?". Él respondió: "La Alabanza y las Gracias sean con Allah, después de tantos años en este mundo, esta mañana al levantarme creí que hoy sería el día de mi partida. Pero al ver el crecimiento milagroso de esta huerta, entiendo que mi Señor me está diciendo que aún tengo mucho que hacer en este mundo".

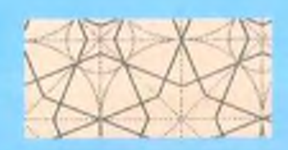
Ahora que soy anciano, comprendo mucho mejor esta historia. Todas las mañanas abro mis ojos y me pregunto: "¿Será hoy el día de mi muerte?". Entonces, para mi sorpresa, algo nuevo aparece, algo que no había aparecido en los muchos días que ya viví. Puede ser algo pequeño: una nueva manera de pegar el sol en mi ventana, el canto de un pájaro hasta ahora desconocido, un gesto nuevo en la cara de algún amigo, un aroma ajeno en una flor ya conocida. Y entonces sé que viviré un día más.

Tomo el bastón entre mis manos. Pierdo mi vista en el azufre rojo, que, como siempre, parece moverse. Paso

mis dedos rugosos por la piedra. Y entonces pienso que es posible que haya una razón para que yo continúe en este mundo. Y que quizás, en algún rincón remoto de la tierra, en este mismo momento, un ladrón se arma de coraje y comienza a buscarme.

El bastón de plata

Martín Blasco



Como parece que voy a terminar mis días en esta cárcel, y en agradecimiento por hacerme más fáciles estos dolorosos momentos finales, quiero darte como regalo una historia que te llevará ante un tesoro como ningún otro. Si eres inteligente y haces caso a mis palabras, te convertirás en el hombre más poderoso de la tierra, al punto que califas y reyes serán menos que esclavos ante ti. Presta mucha atención a lo que voy a decirte...



www.librerianorma.com
www.kapelusznorma.com.ar